

Trabajo Fin de Máster

**La fundamentación conceptual  
de la meritocracia en la era de la  
flexibilización:**

Explicaciones comprensivas  
contra la tiranía del cálculo

**Imanol Peña Proenza**

(Curso 2019/2020)



---

Hegoa. Trabajos Fin de Máster, n.º 41

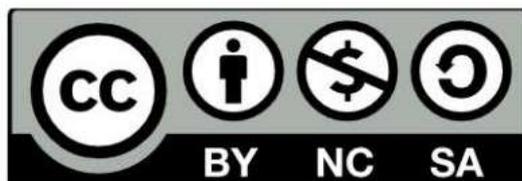
---

Hegoa  
[www.hegoa.ehu.es](http://www.hegoa.ehu.es)  
✉ [hegoa@ehu.es](mailto:hegoa@ehu.es)

UPV/EHU. Edificio Zubiria Etxea  
Avenida Lehendakari Agirre, 81  
48015 Bilbao  
Tel.: (34) 94 601 70 91 --- Fax.: (34) 94 601 70 40

UPV/EHU. Biblioteca del Campus de Álava.  
Nieves Cano, 33  
01006 Vitoria-Gasteiz  
Tfno. / Fax: (34) 945 01 42 87

UPV/EHU. Centro Carlos Santamaría.  
Plaza Elhuyar, 2  
20018 Donostia-San Sebastián  
Tfno.: (34) 943 01 74 64



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons  
Atribución-NoComercial-Compartirigual 3.0 Unported](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/)



Universidad  
del País Vasco

Euskal Herriko  
Unibertsitatea

# **La fundamentación conceptual de la meritocracia en la era de la flexibilización: explicaciones comprensivas contra la tiranía del cálculo.**

Por Imanol Peña Proenza

Tutora Yolanda Jubeto Ruiz

**Trabajo Fin de Máster: Globalización y Desarrollo**  
(Curso 2019/2020)

# Índice

1. Introducción.	03
1.1. Relevancia del tema y motivación.	03
1.2. Objetivos, preguntas de investigación y metodología.	04
1.3. Estructura del trabajo.	06
2. Bienvenidos a la era de la flexibilización.	07
2.1. El auge del neoliberalismo y el impulso de privatizaciones y liberalizaciones.	07
2.2. La búsqueda de la flexibilidad y la creación de nuevos polos de poder y de control.	12
2.3. La “empresa red” en la era de la información.	14
3. La meritocracia: perfecta encarnación del pensamiento neoliberal.	17
3.1. ¿Qué es la meritocracia?	17
3.2. ¿En qué casos se aplica?	18
3.2.1. El sistema educativo.	18
3.2.2. El acceso a la Función Pública.	21
4. La fundamentación conceptual de los discursos meritocráticos.	23
4.1. La ética del trabajo y la ética protestante.	23
4.2. La racionalización del conocimiento y la universalización de valores.	27
4.3. Los discursos de autoayuda.	30
4.4. La Teoría de la Elección Racional y el pesimismo antropológico.	33
5. ¿Es posible un nuevo “recetario coherente”?	38
6. Conclusiones.	40
Bibliografía.	42

## **1. Introducción.**

### **1.1. Relevancia del tema y motivación.**

Vemos su influencia en la calle, en los programas televisivos, en los debates políticos, en las charlas con familiares y amigos y hasta en las consultas de los psicólogos. Ha servido para justificar décadas de políticas de flexibilización, privatización y liberalización de sectores productivos enteros. Se suele decir de ella que es una herramienta democrática (la que más) y que sus principios responden a los de eficacia, eficiencia e igualdad. Tiene una gran influencia en nuestra sociedad y, sin embargo, poco se sabe de ella.

Es la meritocracia y, señoras y señores, está de moda – bueno, en realidad ha tenido sus más y sus menos a lo largo de la historia, pero ahora luce un traje de chaqueta nuevo y está que arde –. Ese traje de chaqueta nuevo lo proporciona el sistema bajo el que habita y que le reporta la condición de posibilidad necesaria para su propio existir. Y esa misma capacidad de existir devienen una serie de fundamentaciones conceptuales sin las que el concepto no sería capaz de sobrevivir. Digamos que estas fundamentaciones reporta al concepto una base sobre la que formar un corpus teórico que servirá para que los sujetos guíen su forma de pensar y actuar en sociedad en base a ellos. El guiarse en base a estos preceptos supone la incorporación de los mismos en la mochila de conceptos que modelarán nuestra manera de pensar y actuar en sociedad, dándose una asunción de los postulados neoliberales a través de los mismos. Comprender de qué se nutre, cómo opera y quiénes asumen sus postulados es esencial para su posible desarticulación.

En un momento histórico caracterizado por un aumento de la desigualdad y la precariedad sin precedentes, ¿cómo es posible que se siga invocando a la meritocracia, aún cuando por primera vez en décadas, la juventud de hoy en día vivirá peor que sus padres? Como veremos a lo largo del presente trabajo, quizás la codificación del conocimiento tiene mucho que ver al respecto.

Por otro lado, las presentes letras sirven como un refugio personal y como un recordatorio constante de la existencia de la bondad humana. En diferentes momentos de la historia occidental se ha tratado de distorsionar la concepción del ser. Diferentes corrientes ideológicas y polos de poder se han interesado en ofrecernos una realidad modificada que cupiera en su propia concepción del ser. Una realidad modificada donde el interés individual se antepone al colectivo y donde la bondad humana queda subsumida al ser hobbesiano naturalmente egoísta. De manera dispar, el legado hobbesiano ha sido y es invocado constantemente por variopintos sujetos que, en apariencia, no tienen nada en común. A pesar de que los separen más de un siglo de diferencia, pareciera que el Leviatán (1651) haya envejecido mejor que el Emilio rousseauiano (que data de 1762). Pero, ¿es así realmente? ¿nos resignamos a pensar que somos egoístas por naturaleza? Bueno, creo que la respuesta es: depende. No es por ser relativista o equidistante, es que realmente la concepción del ser ha ido mutando a lo largo de la historia. Los acontecimientos históricos y sociales han ido modelando y dando forma a la concepción del ser que se manejaba en cada época. Y esto último es muy interesante porque ahora mismo nos encontramos en un momento histórico donde la concepción del ser se ha vuelto verdaderamente dual. Nos encontramos hoy en día con dos posturas muy enfrentadas entre sí y, precisamente, el inicio de la pandemia, donde las muestras de

solidaridad y de egoísmo se iban alternando sin ton ni son, sirve para ejemplificarlo de una forma extraordinaria.

Así, quienes veíamos la bondad humana por encima del egoísmo aludíamos a todas las muestras de solidaridad que se estaban dando para ayudar a quienes se habían quedado más desprotegidos durante el inicio de la pandemia. De esta manera, llegamos al mes de mayo con más de 500 espacios e iniciativas de apoyo mutuo a lo largo y ancho del país<sup>1</sup>, surgidas como respuesta a la inacción gubernamental de los primeros meses de pandemia. Por contra, quienes querían ver el egoísmo por encima de la solidaridad, han tenido innumerables chivos expiatorios (como por ejemplo, aquellos que se negaban a ponerse la mascarilla en un inicio, los jóvenes que se iban de botellón colectivo, quienes se iban de puente o de fin de semana a la casa de la playa en pleno confinamiento, etc.). Para controlar a los incívicos, durante los meses de confinamiento surgió la ya archiconocida figura de la policía de balcón: sujetos cuya superioridad moral les habilitaba para juzgar cualquier cosa que se plantase ante sus narices. De esta manera, y ante la imposibilidad de detectarlo a priori, el policía de balcón y sus secuaces eran incapaces de distinguir si quien se iba de paseo era un niño autista con su madre o si quién no usaba la mascarilla era un señor con problemas respiratorios. Ante la imposibilidad de detectar las excepciones, todos eran culpables de antemano.

Esta asunción del egoísmo humano por parte de un creciente número de sujetos me preocupó mucho: ver a amigos y familiares cercanos asumir aquellas premisas fue realmente doloroso. Me adentré en exasperantes debates que siempre acababan en un callejón sin salida. Constantemente era acusado de idealista y de vivir en una realidad utópica paralela. Esto me generó una profunda tristeza. Y es que, ¿de verdad mis amigos y familiares preferían ver horror a manos llenas (que diría Blas de Otero) en lugar de optimismo y esperanza? ¿Realmente se daban por vencidos? ¿Cómo consiguió el pesimismo tener voz propia en este debate? Bueno, quizás es que el pesimismo antropológico lleva ya unos años entre nosotros a pesar de que sea el momento actual cuándo más se le ha invocado.

Este escrito es tanto para ellos como para mí. Quiero redescubrir la bondad humana y quiero sacar a la luz el discurso por excelencia que, a mi parecer, atraviesa el modo de pensar y de actuar de quienes se han dado por vencidos y han sucumbido a los encantos del pesimismo: la meritocracia. Un discurso que, de manera sutil e imperceptible, ha logrado colonizar miles de mentes, modificando la realidad social de estos sujetos, subsumiendo la bondad humana al egoísmo natural. Esto es una lucha casi personal pero el trasfondo de la misma es absolutamente colectivo.

## **1.2. Objetivos, preguntas de investigación y metodología.**

El objetivo general de la presente investigación pasa por analizar, tal y como señala el propio título, la fundamentación conceptual de la meritocracia en la era de la flexibilización. Para poder abordarlo de manera exitosa, de forma específica trataré de i) investigar sobre los cambios en los modelos productivos que han sufrido diversas economías occidentales desde los años 80 hasta nuestros días a través de la política económica neoliberal y las políticas de flexibilización laboral; ii) dar cuenta de qué se entiende por meritocracia así como de los casos en los que se aplica este concepto; iii)

---

<sup>1</sup> Martínez, Irene (2020). Una ola de iniciativas de apoyo mutuo desde los barrios desborda la inacción institucional. Disponible en: El Salto Diario [En línea]: <https://www.elsaltodiario.com/coronavirus/mapa-ola-iniciativas-apoyo-cuidado-mutuo-barrios-autogestion-desborda-inaccion-institucional> [Accesado el: 26 de noviembre de 2020]

estudiar a cerca de los discursos teóricos que están detrás del concepto de meritocracia; iv) señalar hasta qué punto la meritocracia constituye o no sentido común en el neoliberalismo; y v) ver qué podemos hacer al respecto.

Asimismo, durante las presentes letras voy a tratar de cuestionarme lo que, aparentemente, resulta incuestionable. Esto es casi un salto de pértiga (que diría uno de mis profesores de Madrid). Cuestionarse lo que muchas veces se da por asumido es difícil y peligroso. Y requiere de sensibilidad y precisión. Seré uno de esos científicos sociales de bata blanca con apariencia de neurocirujano, tratando de extirpar a los pacientes un tumor que les ha ido creciendo lentamente como consecuencia de habitar bajo el paraguas del neoliberalismo: el pesimismo antropológico tan característico del que parte la meritocracia. Para tratar de extirpar dicho tumor y asegurar al paciente una pronta y satisfactoria recuperación, me haré las siguientes preguntas:

¿Son las políticas neoliberales (encarnadas en las políticas de flexibilización) las que posibilitan la existencia misma de los discursos meritocráticos? ¿De qué manera los procesos de privatización en los que se basa la política económica neoliberal se relacionan con los discursos meritocráticos? ¿Cómo ha sido el giro hacia la flexibilización? ¿Qué consecuencias acarrea? ¿En qué políticas y herramientas concretas se apoya? ¿Cuáles son los impactos sobre los sujetos de estos procesos? ¿Cuál es la base conceptual y teórica sobre la que se fundamenta la meritocracia? ¿A qué responden sus principios? ¿Cómo afectan estos principios a los sujetos? ¿Cómo logra la meritocracia convertirse en «sentido común» bajo el neoliberalismo? ¿Es posible «desactivar» la meritocracia? ¿Qué podemos hacer nosotros al respecto?

Por otra parte, en cuanto a metodología se refiere, el lector tiene ahora mismo en sus manos un trabajo eminentemente teórico impregnado por el característico olor de la reflexión sociológica. Dado que las gafas que nos ponemos los sociólogos llevan las reminiscencias de otras muchas disciplinas, los sociólogos tenemos la ventaja de que, al ponernos nuestras gafas, nos estamos poniendo muchas gafas de manera simultánea. Dicho esto, mi intención no es realizar en este apartado una veneración o una explicación de la práctica sociológica – para eso están los grandes de la profesión como Charles Wright Mills –. Pero sí que me gustaría explicar que esta investigación se lleva a cabo desde un punto de partida claramente interdisciplinar (de lo contrario, no sería capaz de llevar la investigación a buen puerto), por lo que recurriré a una amalgama de disciplinas muy variopintas que me ayudarán a abordar el objetivo de la presente investigación de una manera correcta (o al menos, de la forma más correcta posible) metodológicamente hablando, tales como la sociología (como no podría ser de otra manera), la psicología social, la historia política y social, la filosofía (epistemología y ontología) o la economía política.

Por otro lado, como ya podrá intuirlo, el lector se encuentra ante una revisión bibliográfica. Y para realizar dicha revisión, me gustaría mencionar, que las lentes que llevarán puestas mis gafas serán progresivas en tanto que contarán con una conexión micro – macro. Me explico. Dado que el objeto de estudio es un componente de la estructura social, considero que, si se quiere comprender tanto la génesis como su funcionamiento, el foco ha de ampliarse lo suficiente como para tratar de capturar e iluminar todos los elementos involucrados de una manera correcta. En ese sentido, la lente macro será la encargada de recoger y anotar todos esos elementos, para tratar de no dejarnos nada en el tintero. Una vez hecho esto, completaré el análisis con lentes más bien micro, las cuales pondrán el foco sobre políticas concretas y tratarán de iluminar y recoger las consecuencias directas de dichas

políticas en los sujetos. En este abordaje epistemológico nos cuestionaremos las bases mismas del conocimiento para ver en qué medida el tipo de conocimiento que se despliega converge en una incompreensión de la realidad social que deviene en una falta de movilidad o de protesta. Trataré de ir de lo concreto a lo abstracto y, a continuación, os explico cómo.

### 1.3. Estructura del trabajo.

Para lograr abordar el objetivo de esta investigación de una forma correcta, he decidido dividir la misma en 4 grandes apartados. La idea de “tirar del hilo” como forma de investigación queda presente en la interrelación de estos 4 apartados, en la medida que cada uno complementa al anterior. De esta forma, primeramente, en el punto segundo *Bienvenidos a la era de la flexibilización*, trataré de situar en contexto la investigación – pero no sólo –. Dado que el mundo en el que habitamos y sobre el que opera el concepto de meritocracia que manejamos es un mundo que vive las consecuencias de décadas de políticas neoliberales y de flexibilización laboral, es pertinente y justo anclar este concepto en el espacio-tiempo natural en que este habita. En ese sentido, más que realizar un recorrido meramente histórico destacando los acontecimientos más importantes de esta etapa neoliberal, me interesa explicar cuáles son las políticas y las herramientas concretas que países e instituciones adoptan para cumplir con el requisito neoliberal de ser más flexibles. En consecuencia, este apartado nos aportará las claves para entender el proceso de flexibilización de una forma más holística, comprendiendo su génesis, así como las herramientas concretas que se han empleado para llevarlo a cabo – y que están, a su vez, interrelacionadas con los discursos meritocráticos –.

Una vez introducida la compleja trama espacio-temporal en la que anclamos nuestro concepto objeto de estudio, en el punto tercero *La meritocracia: perfecta encarnación del pensamiento neoliberal* delimitaré, primeramente, el concepto de meritocracia: de dónde surge, quién le puso el nombre, cómo se relaciona con la era de la flexibilización... Posteriormente, en este tercer punto, veremos dos casos de aplicación concretos: el sistema educativo y el acceso a la Función Pública.

A continuación viene el punto cuarto, el grueso de la investigación. Mi pretensión en este punto es ver las corrientes teóricas de las que bebe la meritocracia y qué pensamientos concretos exporta. La diseminación de la fundamentación conceptual me servirá como puente entre el propio discurso y su interrelación con el proceso de flexibilización laboral.

Seguidamente, en el punto quinto *¿Es posible un nuevo “recetario coherente”?* escribiré a cerca de hasta qué punto esa base conceptual que acabo de analizar se convierte en *sentido común* en la era de la flexibilización. O dicho de otra manera, cómo las bases y los principios sobre los que se sustenta este concepto han conseguido transformarse en un tipo conocimiento que muchos sujetos asumen como verdadero, sin someterlo previamente a un juicio de valor, incorporándolo automáticamente al archivo de conceptos que modelan su manera de pensar, actuar y comportarse en sociedad.

Finalmente, el último punto comprenderá las conclusiones de la investigación, donde trataré de recoger los elementos clave planteados a lo largo del trabajo y juntarlos todos ellos de manera que se puedan presentar todas las piezas del puzzle de una forma comprensible. Dicho esto, y sin más

dilación, pasemos a analizar las características fundamentales del espacio-tiempo en el que anclaremos nuestro concepto objeto de estudio: la era de la flexibilización.

## **2. Bienvenidos a la era de la flexibilización.**

### **2.1. El auge del neoliberalismo y el impulso de privatizaciones y liberalizaciones.**

Quizás el lector o la lectora no sepa que actualmente habitamos en la era de la flexibilización, por lo que lo primero de todo, me gustaría darles la bienvenida. Esta no es una era ni mejor ni peor que las anteriores: tiene muchas cosas buenas y otras tantas malísimas – como todos los momentos históricos, vaya –. Como he explicado unos párrafos más arriba, me gustaría en las presentes letras conversar con ustedes acerca de cómo se comportan los discursos meritocráticos en esta era de la flexibilización, dado que una de mis tesis es que los discursos meritocráticos sirven como base para legitimar las políticas de privatizaciones y liberalizaciones que las potencias occidentales comenzaron a implantar a partir de la década de los 80. Si bien la meritocracia no era un concepto ni un discurso nuevo, el neoliberalismo encontró en ella un gran filón a la hora de erigirse como una alternativa democrática al keynesianismo. Desde los años 80 las potencias económicas y políticas de Estados Unidos con Ronald Reagan en la presidencia, por un lado, y de Reino Unido con Margaret Thatcher por otro, impulsaron una agenda político-económica basada supuestamente en los principios de eficiencia y eficacia. Desde entonces, los defensores de esta política económica han argumentado que lo único que buscaban implantando esa hoja de ruta era la libertad y la democracia. Luego de varias décadas de políticas neoliberales, dicha premisa básica ha sido fuertemente cuestionada, pues, ¿qué legitimidad aporta para hablar de libertad y democracia o de igualdad de oportunidades un sistema económico que genera pobreza y desigualdad? Si bien a día de hoy muchos analistas se encargan de aportar datos contrastables en relación a esta cuestión, lo cierto es que durante décadas la bandera de la eficacia y la eficiencia ha sido ondeada a los cuatro vientos por las derechas de múltiples países occidentales<sup>2</sup> seducidas por los principios neoliberales, sirviendo de argumentación para las privatizaciones que estaban por venir.

Tal y como explica George Monbiot (2016), si bien el consenso de posguerra hizo que no se cuestionara el keynesianismo y su política económica expansiva, la crisis de la década de los 70 que sacudió a ambos lados del Atlántico sirvió como pretexto para solicitar un cambio en la hoja de ruta de la política económica de las potencias occidentales. Para entonces, Hayek y Von Mises ya llevaban varias décadas plantando las bases del neoliberalismo<sup>3</sup>, por lo que cuando el keynesianismo se puso en cuestión, ya había una alternativa para el mismo<sup>4</sup>.

Si bien el laboratorio por excelencia para la implantación de las políticas neoliberales fue el Chile de Pinochet – guiados por los preceptos que dictaba Milton Friedman a sus Chicago Boys –, posteriormente tanto Estados Unidos como el Reino Unido asumieron esta hoja de ruta para sí mismos, tratando de convencer por la razón o por la fuerza (que dirían los chilenos) a las demás potencias occidentales de los beneficios en la implantación de estas recetas. De este modo, los gobiernos de Jimmy Carter en Estados Unidos y Jim Callaghan en Reino Unido comenzaron a

---

<sup>2</sup> Y no sólo por las derechas: incluso partidos supuestamente progresistas como el Demócrata estadounidense en su etapa carteriana o el Socialista español en su etapa felipista han impulsado y asumido políticas neoliberales en sus proyectos de país.

<sup>3</sup> Tanto “La burocracia” de Von Mises como “El camino de la servidumbre” de Hayek datan de 1944.

<sup>4</sup> « En palabras de Friedman, "se necesitaba un cambio (...) y ya había una alternativa preparada"» (Monbiot, 2016)

implantar los principios del neoliberalismo en sus países, sobre todo en materia de política monetaria.

Posteriormente, el tándem Reagan – Thatcher se encargó de continuar con la implantación del proyecto neoliberal en sus respectivos países y fomentaron la liberalización de economías occidentales enteras a través de procesos de privatizaciones (en el caso de empresas públicas) y de flexibilizaciones (en el caso de empresas privadas). Según su argumentario, las empresas y gobiernos que adoptaran estas recetas se volverían mucho más competitivas pues conseguirían adecuarse a un mercado cada vez más volátil y fluctuoso y lograrían “hacer más con menos”.

Aunque ambas potencias asumieron el compromiso de exportar los “beneficios” de esta política a terceros países, el papel que jugó cada una de ellas fue bien distinto. En ese sentido, si bien ambas fueron foco de duras críticas que les acusaban de prácticas imperialistas, la palma se la llevó Estados Unidos. La defensa férrea que Estados Unidos realizó (y realiza) de los principios neoliberales desde la década de los 80, así como el compromiso propio que adoptó de llevar dichos principios a terceros países a través de prácticas que han sido tachadas de intervencionistas, han dado lugar a profundos análisis y debates sobre el modus operandi del imperialismo desde finales del siglo XX hasta nuestros días. En una visita de Hayek al Chile de Pinochet, el economista espetó sin pestañear lo siguiente: *«Me siento más cerca de una dictadura neoliberal que de un gobierno democrático sin liberalismo»* (Monbiot, 2016).

En relación a esto, desde la izquierda a menudo se ha considerado al neoliberalismo como la “fase superior del imperialismo” (en terminología marxista). Así, David Harvey (2004) es uno de esos investigadores que tratan de analizar los principios imperialistas de las potencias occidentales a partir del siglo XX. La tesis de Harvey es que las potencias occidentales hacen valer su superioridad política, económica y militar para extraer los recursos del Sur Global para beneficiar a sus empresas y gobiernos. Estos recursos pueden ser tanto naturales y materiales como humanos – que son tratados como si fueran recursos materiales en última instancia, suprimiendo el componente humano y asumiendo situaciones de semiesclavitud –. Estas prácticas se llevan a cabo a través de procesos de deslocalización y, para analizarlo, Harvey completará la teoría marxista de la acumulación originaria de capital con lo que el geógrafo denominará “acumulación por desposesión”. Así, originalmente en el carácter dual de la acumulación de capital por un lado tenemos el funcionamiento normal o la reproducción ampliada. Este proceso, que no requiere de intervenciones extraeconómicas, se realiza entre los capitalistas y los asalariados y tiene lugar en los sitios de producción de la plusvalía (en la fábrica, en la mina, en el fundo agrícola o en el mercado de mercancías). Considerada así, la acumulación es un proceso puramente económico donde predomina la propiedad y la “igualdad”, y hace énfasis en un análisis científico para descubrir cómo en la acumulación el derecho de propiedad se convierte en apropiación de propiedad ajena, el cambio de mercancías en explotación y la igualdad en dominio de clases.

El otro aspecto de la acumulación del capital se realiza entre el capital y las formas de producción no capitalistas en el contexto del imperialismo. Aquí prima la política colonial, la política de intereses privados o la guerra, esto lleva consigo la violencia, el engaño y la opresión. En esta fase del capitalismo cuesta trabajo discernir las leyes del proceso económico entre la maraña de violencia y la lucha por el poder. Estos dos aspectos de la acumulación, según Rosa Luxemburgo, están “orgánicamente vinculados” y “la evolución histórica del capitalismo sólo puede ser comprendida si los estudiamos conjuntamente” (Harvey, 2004:112).

David Harvey al retomar la acumulación y sugerir que se seguía dando en forma de imperialismo durante el siglo XX, abre la posibilidad a utilizar el esquema de Marx en otros contextos como esferas de la vida social que no están regidas por el mercado. Bajo este prisma, nada escapa de las garras del mercado y todo es susceptible de mercantilizarse o privatizarse a través de los denominados procesos de acumulación por desposesión. En Estados Unidos, por ejemplo, la gestión de las instituciones penitenciarias así como la vigilancia y la seguridad de un sin fin de instituciones están privatizadas<sup>5</sup>. Se podría pensar que lo único que no es susceptible de privatizarse es la justicia, pero ahí están los Tribunales de Arbitraje Internacional para demostrarnos que no es así.

La estrategia del capitalismo mundial y las políticas de privatización de buena parte de los servicios públicos y de los recursos comunes a escala global indican los dos vectores de intervención del sistema capitalista en nuestros días: la guerra y la acumulación por desposesión. Estos son los mecanismos primordiales que el capitalismo en su faceta neoliberal está empleando en la actualidad para resolver sus crisis económicas y para construir una nueva visión del mundo.

En el 29 se desplazó la crisis hacia el futuro invirtiendo el dinero que todavía no había existido. Es como consecuencia de la crisis de los 70 cuando irrumpe el neoliberalismo como ideología y fuerza política y el Estado continúa interviniendo de forma directa en la economía, aunque esta vez para impedir las posibles trabas a la titánica ley del mercado. Paralelamente a dicho proceso, comienzan también los procesos de financiación con el objetivo de invertir capital en fondos de inversiones. En consecuencia a las características mencionadas, Harvey piensa que el neoliberalismo y los fenómenos de privatización y liberalización pueden capturarse mucho mejor con la idea de acumulación por desposesión. En este proceso hay tres elementos clave a tener en cuenta: i) que se produzca una desposesión de los medios de subsistencia de ciertos grupos sociales; ii) que ese proceso abra nuevas oportunidades de negocio para que el capitalista aumente su capital, produciéndose nuevos mercados y iii) que ese proceso sea impulsado activamente por el Estado en alguno de sus niveles. En consecuencia, las privatizaciones y las liberalizaciones que el neoliberalismo impulsó desde la década de los ochenta, como por ejemplo el proceso de liberalización de la economía española impulsada por el expresidente González o, más recientemente, las privatizaciones en la sanidad pública madrileña impulsadas por la expresidenta de la Comunidad de Madrid Esperanza Aguirre (por citar tan solo uno de los casos más paradigmáticos) encajan perfectamente en el modelo que Harvey nos plantea.

Igualmente, a menudo se ha invocado que Estados que siguiesen las recetas neoliberales de eficacia y eficiencia a través de privatizaciones lograrían éxito. Este supuesto ha impulsado el mantra de que “la derecha gestiona mejor”. Bajo esta premisa, se suele aludir que los Estados han de hacer sacrificios y que, si conseguían “el éxito” – con artículo por delante como si de una personificación se tratase –, este sería gracias a todo lo que se habían esforzado para conseguirlo (meritocracia pura y dura). Se dice que se privatiza para ofrecer servicios de mayor calidad a precios más competitivos, pero la experiencia nos demuestra que, si dejamos que el mercado campe a sus anchas y no le ponemos algún tipo de freno, nos encontraremos con una sociedad ampliamente desigual. Es el caso de sociedades como la mexicana, la chilena o la estadounidense que, a pesar de presentar tasas de crecimiento económico sostenido año tras año, siguen siendo unos de los países más desiguales del mundo.<sup>6</sup> Estos países son, además, referencias en cuanto a la incorporación del modelo de

<sup>5</sup> Y existen casos más estrambóticos incluso, como el de Chile, el único país del mundo con el agua privatizada.

<sup>6</sup> Para el año 2017, el índice de Gini de México (45,4), Chile (44,4) y Estados Unidos (41,1) eran de casi el doble que el de Eslovenia (país con el índice más bajo: 24,2), según datos del Banco Mundial (a 18 de enero de 2021).

desarrollo neoliberal, lo que nos permite trazar una relación entre la desigualdad y el modelo neoliberal.

Por otro lado, la intrincada estructura productiva internacional dificulta en exceso la autonomía económica de los países del Sur Global. Sin embargo, no siempre hay interés de demostrar esta cara de la moneda. Así, según Robinson y Acemoglu (2012), la clave para el éxito de un país y el fracaso de otro radicaría en el tipo y diseño de las instituciones con las que este cuenta. Uno de los ejemplos que emplean para demostrar esta teoría lo encuentran en la ciudad fronteriza de Nogales. Esta ciudad, que se sitúa entre Estados Unidos y México, cuenta con una valla que separa la ciudad en dos mitades. Como ya os estaréis dando cuenta, la Nogales estadounidense es mucho más rica que la Nogales mexicana. ¿A qué se debe esto? Según los autores, a que los residentes de la Nogales norteaña cuentan con una serie de instituciones económicas, políticas y sociales que hacen que la calidad de vida de sus ciudadanos sea mucho mayor que la de los ciudadanos de la Nogales sureña. Según estos autores, esto se extrapola en que un ciudadano de la Nogales estadounidense tenga muchas más facilidades para abrir un negocio que sus vecinos, ya que éste reside en un país mucho más seguro y “políticamente desarrollado”<sup>7</sup>. También disfrutarían de un servicio sanitario que, a pesar de ser de pago, supuestamente se muestra más eficiente que el de sus vecinos<sup>8</sup>, así como un desarrollo político sin (supuestamente) apenas corrupción, entre otras cosas. En definitiva, según la tesis de los investigadores del MIT, el tipo de instituciones con las que cuenta un territorio marca indudablemente el desarrollo y la deriva de este<sup>9</sup>.

A la tesis de estos autores caben múltiples críticas, como, por ejemplo, que no tengan en consideración que las potencias económicas “exitosas” sean las mismas que están inmersas en procesos de deslocalización de sus empresas, limando los recursos económicos y humanos de terceros países y dejándoles las migajas del pastel a repartir a los mismos. Es decir, estos autores no tienen en consideración elementos tan trascendentales como el neoimperialismo y su herramienta de la “acumulación por desposesión”. En relación al propio ejemplo que ellos mismos presentan, Robinson y Acemoglu obvian que desde finales de la década de los 80 México haya estado sumido en un proceso de privatización constante de sus empresas públicas, iniciado durante el mandato del presidente Carlos Salinas de Gortari con la privatización de la Banca y continuado durante los sucesivos mandatos de Ernesto Zedillo, Vicente Fox, Felipe Calderón y Enrique Peña Nieto<sup>10</sup>. En 2018 el nuevo presidente electo Andrés Manuel López Obrador se comprometería a poner fin a

---

<sup>7</sup> «La amplia distribución de los derechos políticos en Estados Unidos, especialmente si se compara con México, aseguró un acceso igualitario a la financiación y los créditos, lo que, a su vez, garantizó que quienes tuvieran ideas e invenciones pudieran beneficiarse de ellos» (Acemoglu y Robinson, 2012:52)

<sup>8</sup> Aunque llama la atención que se obvian sistemáticamente las graves carencias del Sistema Nacional de Salud estadounidense, uno de los más desiguales del mundo y punto de críticas de progresistas de todos los países del globo. Por mucho que el Sistema Nacional de Salud mexicano sea también defectuoso, compararlo con el estadounidense carece de sentido.

<sup>9</sup> Los investigadores realizan un recorrido histórico retrotrayéndose hasta la época colonial, donde, según ellos, dos modelos coloniales chocan entre sí. Por un lado, estaría el inglés que está relacionado con el establecimiento de instituciones inclusivas (por el fomento del comercio entre sus colonias) y, por otro, el español, relacionado con el establecimiento de instituciones extractivas (por el extractivismo de recursos materiales y humanos que realizaban estos colonos). Supuestamente esta es la base del desarrollo de las instituciones políticas y sociales posteriores. Aunque se niega sistemáticamente que países como Argentina (con un pasado marcado por instituciones extractivas) lograra a mediados del siglo XX un desempeño económico más que notable con un desarrollo del Estado del Bienestar sin parangón.

<sup>10</sup> Moctezuma, Pablo (2013). Las privatizaciones, todo un fracaso. Disponible en: <https://www.contralinea.com.mx/archivo-revista/2013/07/28/las-privatizaciones-todo-fracaso/> [Accesado el 10 de diciembre de 2020]

estos procesos – aunque el daño ya estaba hecho<sup>11</sup> –. Así que, aunque ambos países (Estados Unidos y México) tengan la misma hoja de ruta, lo que diferencia a uno del otro no parece que sean el tipo de instituciones con las que cuentan y que estas sean más favorables para el desempeño económico, sino más bien que la potencia “exitosa” sea la potencia expoliadora y la potencia “fracasada” sea la potencia expoliada.

En ese sentido, por mucho que un país se esfuerce, haga sacrificios y trabaje muchísimo, si sufre un expolio continuado de sus recursos económicos y humanos difícilmente va a llegar a ser “exitoso”. Por lo que, aunque el neoliberalismo señale que todos los países (al igual que los sujetos y las empresas) pueden ser exitosos si se lo proponen, este discurso no parece encontrar cabida en el complejo e intrincado panorama internacional. En última instancia, el mérito de los países exitosos no es que hayan desplegado políticas e instituciones que les hayan llevado a tal posición ventajosa en comparación con el resto, sino que el sistema de recompensas está reproduciendo las posiciones de salida de los países hacia el infinito. En este sentido, la meritocracia es vista, una vez más, como una herramienta que hace que nada cambie y que, en el seno de su discurso, se pueda legitimar por qué los países del Norte Global ocupan las primeras posiciones y por qué los países del Sur Global las últimas – a saber: no son competitivos<sup>12</sup>–. En definitiva, siguiendo a Wallerstein (2005) y su Teoría de los Sistema-Mundo, estamos en un momento histórico en el que la producción se ha trasladado a diversos países del Sur Global, mientras que el Norte ha asumido tareas vinculadas al sector financiero, la publicidad, el diseño de redes de producción... En consecuencia, las actividades que se concentran en el Centro son las que mayor retribución obtienen y las que menos daños generan en el entorno. Mientras la Periferia se convierte en la fábrica del mundo, el Centro se llena de procesos de rehabilitación y reurbanización de las viejas zonas industriales, promoviendo políticas para favorecer la Industria 4.0 y la energía limpia. Mientras tanto, la Periferia sigue cumpliendo con las exigencias productivas del Centro, que reclama recursos materiales y humanos cada vez a precios más baratos y se ve sumida en un callejón sin salida, mientras contamina su entorno y hacina a los trabajadores en ciudades cada vez menos salubres. La pregunta que cabe hacer es, por mucho que un país de la Periferia haga esfuerzos y sacrificios, ¿podría salir de ese círculo vicioso? ¿son merecedores de este subdesarrollo porque no han sabido implementar correctamente las instituciones necesarias? Es de valorar que Robinson y Acemoglu asumieran el desafío de luchar contra los estereotipos culturales y/o geográficos. De hecho, su trabajo es bastante interesante para rebatir los planteamientos de que los países africanos y latinoamericanos no se desarrollan porque culturalmente sean vagos (como si en todo un continente sólo habitase una cultura) o porque el clima hace que no puedan/quieran trabajar (como si en todo un continente hubiese solamente un clima determinado). Pero no podemos asumir el planteamiento de que uno fracasa y el otro no por las instituciones que uno cuenta y el otro carece. Porque asumiremos que si los “fracasados” hacen bien las cosas, podrían llegar a tener éxito – obviando el peso de los condicionantes estructurales del sistema productivo internacional y el neoimperialismo en el que este impera, tal y como acabamos de ver –. Por lo que, en última instancia, este postulado meritocrático ha de ponerse en cuestión.

---

<sup>11</sup> A través de este proceso de privatizaciones (en concreto el de la telefonía) México ha aportado a la lista Forbes de los más millonarios del mundo varios nombres, entre ellos el varias veces más millonario del mundo Carlos Slim.

<sup>12</sup> La relación entre mérito y competitividad se desarrollará en puntos posteriores.

## 2.2. La búsqueda de la flexibilidad y la creación de nuevos polos de poder y de control.

Si bien según los principios neoliberales los Estados han de fomentar los procesos de liberalización y privatización de sectores productivos en términos de eficacia y eficiencia, en relación a la empresa estos principios neoliberales quedan plasmados en las políticas de la flexibilización. Aunque el auge y expansión de las políticas de flexibilización sea algo posterior a las de privatización, estas vienen a complementar las primeras. Así, los principios neoliberales no quedan anclados solamente a la política gubernamental sino que también se llevan a cabo a través de la política empresarial guiada por los principios de las políticas de flexibilización – que, como veremos, no son sino otra forma más de maximización de beneficios para los capitalistas y de hacer más con menos, si por menos entendemos menos derechos laborales –.

En relación a esto último, Richard Sennet (2000) analiza cómo, al contrario de lo que se intenta hacer creer, la búsqueda de la flexibilidad, lejos de otorgar mayor libertad a los sujetos, ha traído consigo nuevas herramientas de control y nuevas relaciones de poder. Según el sociólogo estadounidense, las estrategias de flexibilización se basan en tres pilares fundamentales. El primero de ellos sería la “reinención discontinua de las instituciones”, que busca que las instituciones se reinventen y se hagan más flexibles. A través de este proceso, las empresas buscan una mayor eficiencia y ser más flexibles para adaptarse mejor a los cambios en el mercado: hacer más con menos sería la lógica que persiguen las empresas en la actualidad. Para lograr este objetivo, se llevan a cabo procesos de reducción de plantilla soportados por softwares informáticos<sup>13</sup>. No obstante, muchos esfuerzos de reinención fracasan y lejos de ganar productividad se sitúan en el plano inverso. De hecho, la American Management Association (AMA) comprobó que estos recortes de plantilla suponen unos menores beneficios y una menor productividad, debido a que la moral y la motivación de los trabajadores se ven muy mermadas cuando ven peligrar sus puestos de trabajo. No obstante, y aunque quizás las empresas se den cuenta de que estas medidas suponen una pérdida de productividad, las instituciones que se encuentran bajo procesos de reorganización aumentan su valor en Bolsa. Quizás por eso siguen adelante con estos procesos.

Por otro lado, el segundo elemento de las estrategias de flexibilización sería la “especialización flexible”, la cual está relacionada con la inestabilidad de la demanda del consumo: se trata de conseguir productos más variados y cada vez más rápido. En este sentido, más que controlar el cambio, lo que las empresas buscan son estrategias de innovación que permitan adaptarse al cambio. Para adaptarse a la especialización flexible, las empresas requieren de alta tecnología, velocidad de comunicaciones modernas y unos reducidos grupos de trabajo. Como veremos a continuación, la especialización flexible sería claramente lo contrario a un sistema de producción en escala. En este sentido, Sayer (1986) da cuenta del cambio de modelo más clásico del “just in case” (JIC) o “sólo por si acaso” a uno más contemporáneo nacido buscando la flexibilidad: el modelo japonés “just in time” (JIT) o “justo a tiempo”.

El modelo *Sólo por si acaso/Just In Case (JIC)* es el modelo propio de la industria occidental cuyo factor diferencial básico es el uso de economías de escala como mecanismo de abaratamiento en los costes de producción. En la búsqueda del abaratamiento de costes el tiempo de uso de la maquinaria es un factor determinante, intentando mantenerla el máximo tiempo posible en funcionamiento con

---

<sup>13</sup> A este tipo de prácticas se las conoce como *delayering* (“eliminación de capas” o que un número menor de directivos controle a un número mayor de trabajadores) y como *reengineering* (“reingeniería, reinención”, que se traslada en una reducción de puestos de trabajo).

el fin de producir lo máximo posible. Al anteponer la producción por encima de todo, los componentes o piezas defectuosas no implican una detención de la maquinaria. Lo mismo ocurre con el capital humano, donde siempre hay remesas de trabajadores disponibles para suplir bajas o tiempo improductivo de los trabajadores. Este modelo necesita de trabajadores altamente especializados en las tareas que van a desempeñar, lo cual implica una gran individualidad (yo diría más bien aislamiento) al separarlos en función a la tarea y al someterlos a una rutinización gracias al empleo de la cinta transportadora, que restringe al trabajador a un espacio muy concreto del cual no se moverá en toda la jornada laboral. Esta individualización o aislamiento, no obstante, es contrarrestado en términos de poder colectivo por el gran volumen total de trabajadores y el poder de los sindicatos. Por último, en relación a los suministros, en este sistema impera la ley de la oferta y la demanda: no hay relación directa con los proveedores, sólo importa el precio.

Por otro lado, tal y como nos cuenta Sayer, el modelo nipón del *Justo a tiempo/Just In Time (JIT)* fue un intento de adaptar el modelo taylorista occidental a la naciente industria japonesa. Este peculiar sistema se introduce al constatar la necesidad de establecer un sistema industrial que se acoplara mejor a una economía mucho más pequeña, con menos recursos y una menor demanda. Teniendo en cuenta estas características, y aunque el modelo taylorista suponga reducciones en los costes de producción, la aplicación de la producción masiva en una economía como la japonesa de posguerra no era factible. En consecuencia, la industria japonesa renunció a la producción en escala, por lo que buscaron un modelo alternativo. Este modelo alternativo buscó un ahorro de tiempo, de capital y un beneficio mayor. Para lograr estos objetivos, el modelo debía contar con una relación jerárquica mucho más horizontal que la del modelo JIC.

Nos encontramos ante un modelo mucho más flexible, en el que la ingeniería local ha posibilitado el empleo de máquinas mucho más manejables que las enormes máquinas del modelo JIC y que agilizan el proceso de arranque, permitiendo un uso mucho más rápido y sofisticado. Por otro lado, los trabajadores no se dedican exclusivamente a una tarea concreta desarrollada en un sitio concreto, sino que, por contra, son responsables de una multiplicidad de tareas y se les da una gran movilidad horizontal. La eliminación de puestos intermedios otorga a los trabajadores mayor libertad y éstos se suman en un proceso de “aprender trabajando” que desemboca, a su vez, en mejoras en la productividad. En consecuencia, en este modelo el control de calidad pasa directamente al proceso de producción y el modelo de relaciones productivas se torna mucho más complejo y en constante construcción que, como veremos más adelante, generará en el trabajador un sentimiento de compromiso con la empresa, con la cooperación y la autodisciplina. Por último, en relación a los suministros, se precisa una cercanía tanto física como relacional de la fábrica con sus empresas proveedoras con el fin de cubrir posibles cambios en la demanda<sup>14</sup>. Sennett, al señalar el segundo pilar sobre el que se sustentan las estrategias de flexibilización – especialización flexible –, lo hace en relación a la transición que muchas organizaciones llevan realizando de modelos más tradicionales y rígidos (como el JIC) a otros más modernos y flexibles (como el JIT), capaces de adaptarse mejor a una inestabilidad en la demanda de consumo (buscando, en definitiva, generar productos más variados y cada vez más rápido).

Por último, el tercer pilar sobre el que se sustentan las políticas de flexibilización, según Sennett, es la denominada “concentración sin centralización”, que implica que las pequeñas y medianas

---

<sup>14</sup> Esto puede implicar problemas por las fluctuaciones en la demanda, puesto que los suministros e incluso los trabajadores son los justos y necesarios para suplir una demanda muy concreta.

empresas queden subordinadas a las empresas más grandes. En esta línea, y aunque pudiera parecer estridente, se ha llegado a concebir el monopolio como un premio a la eficacia<sup>15</sup>. O lo que es lo mismo, que el dueño, jefe, amo, señor y emperador de un monopolio ostenta estos títulos por méritos propios, porque ha hecho las cosas bien, porque ha sabido jugar las cartas de este juego de manera correcta, porque se guardaba un as en la manga (aunque a menudo ese as fuera el aumento de la precarización o la destrucción del planeta) y ha ganado la partida. Porque, como veremos a lo largo de estas letras, si para algo sirve el discurso meritocrático es para legitimar la riqueza de los ricos y la pobreza de los pobres. El comportamiento monopolístico de muchas Empresas Transnacionales (ETNs) se ha convertido en un grave problema para la subsistencia de empresas de menor rango – muchas de las cuales rechazan la instauración de medidas de flexibilización laboral en su seno –. Después de todo, estas ETNs se convierten en una fuerza centrífuga que devoran todo (o casi todo) lo que tienen a su paso. En la cúspide las ETNs se encuentran las GAFA (Google, Amazon, Facebook y Apple): todas ellas inmersas en acusaciones de prácticas monopolistas<sup>16</sup>. Además, el valor bursátil del conjunto de estas cuatro empresas supera al PIB total de un país como Japón: muchas veces no somos conscientes del enorme poder que han llegado a acumular. Poder con el que se han alzado gracias a las posibilidades que aportan las políticas de flexibilización que rigen dichas compañías y la política económica neoliberal que defienden los países en los que se encuentran. Sin estos dos pilares, es imposible concebir que una empresa, por muy “bien” que haga las cosas, logre acumular tanto poder. El esfuerzo y el sacrificio que ha hecho que las empresas más exitosas estén en los primeros puestos de los rankings mundiales lo han realizado los trabajadores explotados tanto en el Centro como en la Periferia. Por lo que el mérito de una empresa exitosa reside ni más ni menos en su capacidad para asumir comportamientos moralmente cuestionables y sancionables.

### 2.3. La “empresa red” en la era de la información.

El sociólogo español, investigador por excelencia de la sociedad de la información – y recientemente Ministro de Universidades del Gobierno de España –, Manuel Castells (1996) da cuenta de la transformación en las redes clientelares de las empresas siguiendo el mismo punto de partida: los desafíos a los que se enfrentaban en la década de 1980 y que culminarían en una reestructuración económica. El sociólogo también señala que estas empresas introdujeron una serie de estrategias de organización en la búsqueda de la competitividad y la supervivencia en el mercado, pasando de un modelo organizativo fordista más tradicional y rígido de producción en serie (Just In Case en terminología de Sayer) a un modelo de producción mucho más flexible como el denominado toyotismo (o *Just In Time*). Este proceso culminará, posteriormente, en un modelo categorizado como la “empresa red”. De esta manera, se deja atrás un modelo en el que las empresas se estructuraban de manera vertical y en el que la división social y técnica institucionalizada del trabajo jugaba un papel preeminente. Un sistema basado en la producción en serie no era el más idóneo cuando los mercados se diversifican y la demanda se vuelve impredecible en cantidad y calidad. Para superar estos obstáculos, la mejor receta fue adoptar un sistema de producción flexible. En *La era de la información* (1996) Castells nos expone que en la transición al

---

<sup>15</sup> «La idea de Hayek de que los Gobiernos debían regular la competencia para impedir monopolios dio paso entre sus apóstoles estadounidenses –como Milton Friedman– a la idea de que los monopolios venían a ser un premio a la eficacia» (Monbiot, 2016).

<sup>16</sup> Mcloughlin (2020). EEUU, contra los monopolios de Silicon Valley: el pulso que va a cambiarlo todo. Disponible en: El Confidencial [En línea] [https://www.elconfidencial.com/tecnologia/2020-10-26/amazon-google-facebook-apple-monopolios-eeuu\\_2796544/](https://www.elconfidencial.com/tecnologia/2020-10-26/amazon-google-facebook-apple-monopolios-eeuu_2796544/) [Accesado el 20 de diciembre de 2020]

modelo de empresa que tenemos hoy en día (la “empresa red”), el desarrollo de las tecnologías de la información ha jugado un papel central. Sin embargo, la búsqueda de la flexibilización (muy palpable en el toyotismo) precede al desarrollo de las tecnologías de la información, ya que el modelo japonés *Just In Time* es bastante anterior al desarrollo de este tipo de tecnologías.

Según Castells, una de las consecuencias de la incorporación de políticas de flexibilización es que la estructura institucional ya no tiene forma piramidal, puesto que se ha vuelto más intrincada y confusa: se crean grupos con grandes empresas en numerosos sectores con intereses diversificados en diversas áreas económicas. El proceso de reestructuración capitalista culmina en la empresa horizontal y en las redes empresariales globales. Para Castells la “información sobre el terreno” resulta fundamental para ser realmente competitivo, por lo que las empresas que seguirían un planteamiento verticalista serían inducidas al fracaso por no ser capaces de adaptarse a un entorno cambiante y dinámico. Supuestamente, una estructura transnacional posibilita que las empresas más pequeñas se puedan vincular con empresas mayores y así ser capaces de innovar y adaptarse a los contextos. De esta manera, la empresa horizontal es una red dinámica en la que la descentralización, la participación y la coordinación son aspectos fundamentales. Este tipo de empresa horizontal resulta más apta para adaptarse a un mercado altamente competitivo y expuesto a muchos cambios, por lo que no es de extrañar que la empresa vertical entrara en crisis y que las redes empresariales se desarrollaran fuertemente. Es por esto por lo que las redes son el elemento primordial del que están y estarán hechas las nuevas organizaciones, porque de esta manera, son capaces de expandirse por toda la economía global. Como consecuencia de este proceso, los productos de hoy en día son un mero agregado de piezas que se fabrican cada una en una parte del mundo y por empresas diferentes<sup>17</sup>, tal y como pone de manifiesto David Harvey a través del estudio de los procesos de deslocalización de empresas occidentales o del Norte Global que manufacturan sus productos en el Sur Global. Este proceso ofrece a estas empresas manufacturar sus productos reduciendo los costes de producción pues estas deciden establecerse en países con escasa o nula regulación laboral, con retribuciones de miseria y donde a menudo trabajan niñas y niños en condiciones de (semi) esclavitud.

De esta manera, las tecnológicas no están solo en el punto de mira por acusaciones de monopolio (proceso que, como acabamos de ver, constituye un pilar en sí mismo de la política de flexibilización). Estas empresas también están acusadas de promover condiciones laborales lamentables de sus trabajadores y de prácticas antisindicales, a menudo solicitando a gobiernos de muchos países desregulaciones laborales para favorecer contratos basura<sup>18</sup>. Esto, obviamente, tiene como único objetivo limar las retribuciones a las capas inferiores de la empresa para repatriarlas entre las capas superiores, las cuales, a su vez, son menos numerosas por los procesos de *delaying* que utilizan para repartirse el pastel entre menos manos. En consecuencia, no es de extrañar que personajes como Jeff Bezos (fundador de Amazon) se sitúen a la cabeza de los lamentables rankings de hombres – sí, todos lo son – más ricos del mundo. En concreto, el susodicho es “acusado” de amasar una fortuna de 188.000 millones de dólares<sup>19</sup> como consecuencia del trato inhumano a sus miles de empleados. Pero no solo Amazon y las GAFAs se aprovechan de los “beneficios” de la era

<sup>17</sup> Este proceso es denominado *hollowing* o “vaciado” según Sennett (2000).

<sup>18</sup> Domínguez (2020). La cara de Amazon: prácticas antisindicales, escuchas, monopolio, falsos autónomos, impuestos. Disponible en: La Marea [En línea] <https://www.lamarea.com/2020/11/27/amazon-practicas-antisindicales-escuchas-monopolio-impuestos/> [Accesado el 20 de diciembre de 2020]

<sup>19</sup> Galán (2020). El club de ricos liderado por Jeff Bezos alza su poder. Disponible en: El País [En línea] <https://elpais.com/economia/2020-08-22/el-club-de-ricos-liderado-por-jeff-bezos-alza-su-poder.html> [Accesado el 22 de diciembre de 2020]

de la flexibilización. En la era de la información, el auge de las plataformas digitales y su correspondiente proceso de uberización son los otros grandes beneficiarios. Estas plataformas supuestamente operan como intermediario entre trabajadores que ofrecen un servicio y los clientes que usan dicho servicio. Por esta última razón, a menudo se alude a ellas en la literatura económica como “economía colaborativa”. Sin embargo, lo lucrativo que resulta para sus accionistas deja poco a la imaginación y la justicia ya ha demostrado que estos trabajadores no lo son por cuenta propia, no son ajenos a la compañía<sup>20</sup> y, por tanto, la compañía debería de brindar servicios esenciales y obligatorios como el de prevención de riesgos laborales o de seguridad social. Las condiciones laborales lamentables de estos trabajadores son archiconocidas. Trabajadores que, en la mayoría de los casos, se ven obligados a aceptar esos empleos y ponerse a pedalear por 1,5€ el trayecto por no tener más alternativa.<sup>21</sup>

En resumen, se dice que el hecho de descentralizar el poder otorga a la gente de categoría inferior más control sobre sus propias actividades, que la flexibilización nos aporta autonomía. Sin embargo, esto es falso y solo sirve para legitimar la destrucción de las viejas estructuras burocráticas y sustituirlas por nuevas herramientas de control y de poder. Los capitalistas están introduciendo una serie de herramientas para lograr aumentar su propio beneficio. Los daños colaterales de esta tendencia hacia el aumento de la productividad, la flexibilidad y la liberalización son claros: los trabajadores ven mermadas sus condiciones de trabajo tanto en el Centro como en la Periferia. Los cambios en el trabajo han producido que éste se precarice: bajadas de salarios, aumentos en las jornadas laborales... Los capitalistas buscan hacer más con menos, y eso implica que sus empleados, asimismo, trabajen más por menos dinero. El neoliberalismo ha buscado expandir su influencia fuera de los territorios que conquistaba con puño de hierro: Estados Unidos y Reino Unido. Y, ahora, el neoliberalismo se encuentra en el panorama económico internacional en una situación de hegemonía con respecto a otras formas de producción.

En definitiva, siguiendo a Bauman (2015), mientras que el “fordismo” y el “toyotismo” nos remiten a un capitalismo sólido, la era de la información y su “red de redes” y “empresas red” pertenecen a un modelo capitalista líquido. Este modelo líquido fluctúa incesantemente tratando de adecuarse a lo que dicte la demanda. En consecuencia, las empresas se hacen valer de la información para imponer a sus trabajadores cuántos cambios sean necesarios para adecuarse a la demanda. De esta manera, los trabajadores andan como pollo sin cabeza, mutando cada dos por tres sus labores mientras que sus condiciones laborales van viéndose cada vez más mermadas.

El auge del neoliberalismo y la adopción de políticas de flexibilización no van necesariamente de la mano, pero sí que guardan relación en Occidente. Si bien estas políticas se anticiparon en el Japón de mediados del siglo XX, podemos señalar a este país como el precursor de las políticas de flexibilización que décadas más tarde muchas instituciones occidentales incorporarían en su seno. Tal y como señala Sayer, los dos modelos que describíamos unos párrafos más arriba – JIC / JIT – son meros tipos ideales, lo interesante son las hibridaciones que se generan luego de la selección de unos rasgos concretos de cada modelo y su adecuación al entramado institucional. No obstante, desde hace décadas, las organizaciones se han ido reestructurando adoptando cada vez más medidas

<sup>20</sup> Olías (2020). Ya hay sentencia del Supremo sobre Glovo: los 'riders' son trabajadores y la empresa "no es una mera intermediaria". Disponible en: El Diario [En línea] [https://www.eldiario.es/economia/hay-sentencia-supremo-glovo-riders-son-trabajadores-empresa-no-mera-intermediaria\\_1\\_6258022.html](https://www.eldiario.es/economia/hay-sentencia-supremo-glovo-riders-son-trabajadores-empresa-no-mera-intermediaria_1_6258022.html) [Accesado el 22 de diciembre de 2020].

<sup>21</sup> Volveré sobre esta cuestión para reflexionar a cerca de la interrelación entre los discursos de la meritocracia en la era de la flexibilización donde la precariedad campa a sus anchas: ¿hasta qué punto “currármelo” muchísimo mientras pedalearo a 1,5€ la hora va a hacer que llegue a desarrollarme profesional y personalmente?

del modelo flexible. A su vez, este modelo ha ido introduciendo mejoras y perfeccionamientos siempre en su búsqueda de la eficiencia y la eficacia – aún cuando, muchas veces, dichos rasgos se perdían por el camino como consecuencia de la minada moral de los propios trabajadores –. Podemos concluir este apartado señalando que, si bien el neoliberalismo sentó las bases de la política económica de los países occidentales desde la década de los 80 en adelante, son las políticas de flexibilización las que completan dicho giro al guiar las estrategias empresariales siguiendo los propios principios neoliberales de hacer más con menos, etc. En definitiva, no podemos entender la globalización neoliberal si no tenemos en consideración el proceso de flexibilización laboral.

### **3. La meritocracia: perfecta encarnación del pensamiento neoliberal.**

#### **3.1. ¿Qué es la meritocracia?**

La meritocracia, según la RAE, es el «sistema de gobierno en que los puestos de responsabilidad se adjudican en función de los méritos personales». Etimológicamente, es una palabra compuesta por el término proveniente del latín *meritum* (que significa debida recompensa) junto con el sufijo griego de *kratos* (poder, fuerza). Si bien este gobierno de los mejores ha sido invocado a lo largo de diferentes épocas y contextos históricos muy dispares entre sí (desde la China de Confucio a la Francia de Napoleón Bonaparte pasando por la República Ideal de Platón), los principios sobre los que este concepto se ha ido asentando han ido variando a la par que el contexto histórico que lo rodea. Así, no podemos hablar de meritocracia como se haría en la China confucionista o en la Francia napoleónica. Cada contexto histórico, social y cultural modela indudablemente los elementos que lo componen. En nuestro caso, hablamos de un concepto de meritocracia muy concreto, el cual se encuentra anclado en los procesos de flexibilización laboral, tal y como venimos comentando (y bajo el paraguas último del neoliberalismo).

Sin embargo, para todos esos casos que acabo de mencionar, no existía un nombre concreto que hiciese referencia al sistema de repartición de recompensas en función al mérito individual. Así, hubo que esperar hasta 1958, cuando el sociólogo británico Michael Young satirizó en su libro “The Rise of Meritocracy” acerca de un futuro distópico donde las recompensas se repartiesen, efectivamente, en función al mérito individual. Si bien en este libro, Young apostillaba que este sistema de reparto de recompensas estaría abocado al dominio de las élites del resto de la sociedad, el término se popularizó de manera tan extraordinaria que terminó despojándose de su acuñación satírica primigenia. Desde entonces, el término ha sido tan manoseado que hoy en día cuenta con una identidad propia en la era de la flexibilización bajo el amparo del neoliberalismo. Este concepto de meritocracia, como veremos en los siguientes puntos, se interrelaciona directamente con el sistema productivo actual en la medida en la que le sirve como justificación de al menos dos cosas: de la desigualdad que el propio sistema genera, por un lado, y de las privatizaciones y liberalizaciones de los sectores productivos en las que este se basa por otro lado.

En ese sentido, que desde hace algunas décadas estemos hablando y debatiendo acerca de la meritocracia no es casual, corresponde al hecho de que para que el concepto en sí (en la forma en la que lo conocemos nosotros) pueda existir, este debe habitar en un contexto económico y social neoliberal (como el que nos encontramos hoy en día y desde hace algún tiempo tanto en el Centro como en algunos lugares de la Periferia como consecuencia de la globalización neoliberal). Así, invocar un discurso basado en postulados meritocráticos carecería de sentido bajo el paraguas de otros sistemas productivos o en contextos de políticas progresistas que implicasen un refuerzo del

Estado del Bienestar<sup>22</sup>. Al perseguir la protección de las capas más vulnerables de la sociedad y favorecer su desarrollo profesional y personal como un derecho universal (y no como un derecho que tiene que ganarse por mérito propio), el discurso meritocrático carece de lógica operativa en contextos no neoliberales. En esa línea, las recompensas (las becas, ayudas o subvenciones) se distribuyen en función de los ingresos y no en función del mérito, buscando que los sujetos puedan salir de posiciones de salida más parecidas para poder asegurar la igualdad de oportunidades. En consecuencia, sería muy vago hablar de meritocracia bajo el capitalismo en general, dado que la coexistencia entre la economía de mercado y las políticas de redistribución de renta han coexistido a lo largo de la historia y lo seguirán haciendo. Por eso, hay que precisar y delimitar el contexto histórico en el que se desenvuelve la meritocracia, que no es el capitalismo en general sino el de la era de la flexibilización (es decir, una etapa del neoliberalismo) en particular.

### **3.2. ¿En qué casos se aplica?**

Voy a hacer una diferenciación básica y fundamental a cerca del concepto de meritocracia: meritocracia como discurso y como herramienta. La meritocracia, como discurso, es algo que se encuentra en el imaginario de los sujetos que habitan el neoliberalismo, un armazón conceptual que se ha ido formando a lo largo de las últimas décadas, nutriéndose de una serie de premisas teóricas básicas que analizaré en el punto cuarto. Por otro lado, tenemos la meritocracia como herramienta, que implica el uso de los postulados meritocráticos con el objetivo de repartir una recompensa concreta en función al mérito individual mostrado. Huelga decir que la meritocracia como herramienta funciona con el corpus teórico de la meritocracia como discurso.

En mi análisis para detectar los ámbitos en los que se aplica la meritocracia como herramienta he encontrado dos ámbitos primordiales: el sistema educativo y el acceso a la Función Pública. En ambos ámbitos las recompensas se repartirán en función al mérito.

#### **3.2.1. El sistema educativo.**

En el sistema educativo, es característico que un sin fin de instituciones educativas utilicen las premisas meritocráticas como forma de acceso a las mismas. Mediante una más que evidente segregación, centros educativos del más alto nivel se valen de este mecanismo como forma primordial en la selección de sus futuros egresados. Esta práctica se lleva a cabo tanto en instituciones públicas como en privadas o concertadas. Si bien sigue siendo cuestionable la aplicabilidad de estos mecanismos en la privada, es su aplicación en la pública donde más polémica causa, pues el dinero público, en principio, debería estar al servicio de quien más lo necesita y no premiar a quienes ya cuentan con posiciones ventajosas de partida. En consecuencia, en base a este criterio, los centros educativos públicos del más alto nivel seleccionan a aquellos que mejor desempeño académico han venido mostrando. Para estos centros, el mérito es visto como un criterio de acceso poderosamente democrático: se escogen a los mejores, sin importar la renta o la procedencia del alumnado. Sin embargo, este postulado ideal obvia sistemáticamente los condicionamientos estructurales que inciden en el desempeño académico de un alumno y que

---

<sup>22</sup> No obstante, este punto no deja de ser polémico en tanto que la globalización neoliberal ha mermado la soberanía de los países y su capacidad de acción y decisión en términos macroeconómicos muchas veces queda supeditada a otros organismos e instituciones burocráticas. Para que esto sea posible, los actores poderosos son aquellos que son capaces de controlar la deuda pública de los otros. El caso de España sería el resultado de la interrelación de los siguientes actores: la Unión Europea con la austeridad alemana a la cabeza, el Banco Central Europeo, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

surgen de la interrelación de los capitales económico, social y cultural (Bourdieu, 2001) que lleve en la mochila dicho alumno<sup>23</sup>. La interrelación de los tres capitales son los que situarán al sujeto en una posición determinada en la estructura social en base al estatus cosechado. En consecuencia, los sujetos que nazcan en familias donde la interrelación de estos tres capitales sitúa al sujeto en una posición alta, tendrán más fácil lograr un buen desempeño académico y, de este modo, se situarán en una posición de ventaja a la hora de egresar a un colegio de alto nivel en comparación con aquellos que se sitúan en posiciones inferiores. Este razonamiento es obvio: dado que no todos los niños nacen en el mismo ámbito geográfico<sup>24</sup>, ni en casas con los mismos recursos<sup>25</sup>, el empleo de un criterio de selección que obvia el alcance de los condicionantes estructurales no responde a los criterios democráticos de igualdad de oportunidades. En 2014, en una de esas instituciones públicas que segregan al alumnado en función del desempeño académico, el chileno Instituto Nacional, el discurso de graduación de uno de sus egresados se tornó más amargo que los placenteros cumplidos a lo que estaban acostumbrados a escuchar los representantes de la institución así como las familias del alumnado. Fue así como Benjamín González se volvió viral con un discurso atípico con el que trató de apuntar en la diana al mito de la meritocracia. El institutano (como denominan en Chile a los egresados del Instituto Nacional) asombró a los asistentes declarando que no podía sentirse orgulloso de licenciarse en el instituto público más reconocido de su país y de haber dejado a sus compañeros de su otro instituto “pateando piedras” en un centro público con escasos recursos, mientras él estudiaba en un colegio con unas instalaciones impecables:

«Si la educación en Chile fuera buena en todos los establecimientos educacionales ¿Qué motivo habría para la existencia del Instituto Nacional? Ninguna. Si mi antiguo colegio me hubiese ofrecido la misma calidad de enseñanza que el Nacional, yo no me hubiera cambiado. Pero me cambié porque no la ofrecía. Entonces, ¿cómo sentirme orgulloso de haber dejado a 40 excompañeros pateando piedras en mi ex colegio, para yo venir y salvarme de no patear tantas piedras? La sola idea suena aberrante» (González, 2013).

La política segregacionista en el sistema educativo es, en sin duda, uno de los mecanismos primordiales a través del cual el neoliberalismo traslada el modo de pensar meritocrático al alumnado. Según esta propia lógica, si el propio sistema educativo recluta “los mejores” para ofrecerles una educación en el mejor instituto público del país, ¿qué familia no estaría dispuesta a pedir a sus hijos que se esfuercen un poco más para conseguir egresar en el Instituto Nacional? Muchas familias, obviando sus propios condicionantes estructurales, piden a sus hijos logros casi imposibles. Y así es como los chiquillos entran en el juego de la meritocracia desde que son bien

---

<sup>23</sup> Por resumir la teoría bourdieuana en unas pocas líneas, según el sociólogo francés, tener un alto capital económico es sinónimo de tener recursos económicos en abundancia o tener control sobre fuentes de poder económico determinadas, tener un alto capital social es igual a tener acceso a grupos sociales con redes de poder e influencia y, por último, tener un alto capital cultural es sinónimo de tener acceso y ejercer dicho acceso a las más altas fuentes de conocimiento y educación.

<sup>24</sup> La diferencia en términos de calidad educativa de los centros escolares que radican en las zonas rurales en comparación con aquellos que radican en las zonas urbanas son más que evidentes. Mientras que en las zonas rurales los niños y las niñas han de hacer grandes viajes para llegar hasta el centro escolar más cercano, estos generalmente sufren una falta de recursos mucho mayor con respecto a los centros educativos de las zonas urbanas. Además, los niños tienen mayores dificultades para desarrollarse personalmente a través del arte y la cultura, pues en las zonas rurales los conservatorios de música así como las escuelas de pintura o los museos de arte brillan por su ausencia.

<sup>25</sup> Un estudio de la Universidad Nacional de Australia, liderado por la investigadora Joanna Sikora, ha demostrado recientemente que los niños que crecen en casas con un mínimo de 80 libros tienen mayor facilidad de cara a su alfabetización y estudio de la aritmética, independientemente de si sus padres se hayan leído o no esos libros (Sikora, Evans & Kelly, 2019).

jóvenes: la cultura del esfuerzo penetra por sus poros haciendo que se autoexijan más de lo que pueden dar, estableciendo metas inalcanzables y poco realistas en su imaginario y con el miedo de decepcionar a su familia en caso de no alcanzarlas.

El propio hecho de que existan estas instituciones públicas de excelencia exige al Estado, en cierto modo, de ofrecer una educación pública gratuita de calidad para todos los alumnos del país, amparado bajo criterios basados casi en un darwinismo social de competencia y de la lucha del más fuerte (en términos de desempeño académico y no de fuerza física): ya existe una institución que da una educación pública y gratuita de calidad, pero está reservada solo para los mejores. El uso del mérito al servicio de la competencia es una trampa en sí misma, pues el sistema educativo público y gratuito debería de ser universal, funcionando en todas las regiones del país por igual, contando todos los institutos y colegios públicos del país con financiaciones similares. Sin embargo, la experiencia nos demuestra que no siempre es así. En consecuencia, muchas familias requieren a sus hijos unos sacrificios extra, sin tener en consideración el punto de partida de cada alumno, pues, como hemos señalado, un alumno de una familia humilde no tiene las mismas posibilidades de “triunfar” que uno de una familia acomodada.

Otro de los mecanismos por excelencia a través del cuál el sistema educativo traslada el modo de pensar meritocrático (que responde al modo de pensar neoliberal en última instancia) al alumnado es a través de los reconocimientos del mérito. Dado que no todos los alumnos salen de las mismas posiciones de partida, premiar el mérito se convierte en un modo de premiar al que más recursos tiene: un alumno cuya familia puede sufragar los costes de profesores particulares o academias de refuerzo, que tiene internet en casa, que puede pagar los libros de sus hijos (y que tiene libros en las estanterías de su casa) cuenta con ventaja sobre el alumno cuya familia no puede costearse todo aquello. En ese sentido, el alumno con más recursos tiene una probabilidad mayor de progresar mejor en sus estudios, en detrimento de aquellos que tienen menos recursos. Y, en esa línea, premiar el mérito se convierte en una manera de premiar al que más recursos tiene. Como estamos viendo, la propia lógica del discurso meritocrático hace que todo se quede como está, perpetuando la desigualdad social y sirviendo como mecanismo para justificar la misma. Otro alumno rebelde, esta vez en España, enmudeció a los asistentes a la entrega de las becas de excelencia que la Comunidad de Madrid otorga todos los años en un acto al que suelen acudir tanto el presidente o presidenta de la Comunidad como su consejero o consejera de educación. Pues bien, lo que no esperaban en 2018 el entonces popular Ángel Garrido y su consejero Rafael Van Grieken era escuchar el duro discurso que uno de estos alumnos, Francisco Tomás y Valiente (nieto del jurista y escritor asesinado por ETA), pronunció en el auditorio del Instituto Beatriz Galindo. Al igual que el institutano chileno, el estudiante español criticó fuertemente la naturaleza propia de aquella entrega de premios, explicando que las políticas públicas no deben reafirmar al exitoso si no ayudar a aquel que tiene más dificultades: «la calidad educativa no puede reducirse a la excelencia académica. La calidad educativa comporta otro elemento esencial, más allá de la excelencia académica, la equidad», señaló el estudiante.

Que Francisco Tomás y Valiente pronunciara un discurso crítico contra uno de los pilares de la meritocracia del sistema educativo en la Comunidad de Madrid es de justicia poética al tratarse, precisamente, de la Comunidad que más segrega a su alumnado de toda España. Con un Partido Popular gobernando con puño de hierro en la Comunidad desde los años 90, la política educativa de esta región española ha estado fuertemente influenciada por el pensamiento neoliberal de sus

dirigentes desde Esperanza Aguirre hasta Isabel Díaz Ayuso. Como consecuencia de décadas de estas políticas, en 2018 un informe de Save The Children<sup>26</sup> señalaba que el índice de segregación escolar de la Comunidad era superior al de la media de España y muy superior al de la media de la Unión Europea, solo equiparable con las puntuaciones que reportaban países de Europa del Este como Rumanía. El citado estudio denunciaba que, de los centros con concentración de alumnado vulnerable en la Comunidad, casi 2 de cada 10 colegios eran guetos, el doble de la media española y más de 4 de cada 10 sufrían concentración de alumnado vulnerable. Lo más triste es que, según la organización, casi 8 de cada 10 centros guetos eran de titularidad pública, que son los que más estudiantes de perfiles socioeconómicos bajos acogen (un 74,9%). En consecuencia, un sistema que premie a quienes mejor desempeño académico presentan solo puede ser un sistema que perpetúa la desigualdad de oportunidades.

En definitiva, el premio al mérito solo tendría sentido y dejaría de ser una política desigual si esa sociedad fuese 100% igualitaria: si todos los alumnos salen de posiciones de salida similares, entonces el reconocimiento del mérito es una herramienta efectiva como premio al esfuerzo de un alumno en concreto. Aquí sí, la repartición de recompensas en base al mérito puede ser una buena herramienta para favorecer la motivación y la excelencia del alumnado. Sin embargo, en el caso de que este requisito no se cumpliera, y tal y como acabo de señalar, esta política solo sirve para perpetuar el orden desigual existente, premiando a quien más recursos tiene en detrimento de quién más los necesita. Por otro lado, las prácticas de selección en base al mérito no pueden ser consideradas sino como un atentado contra el derecho a la educación y a la inclusión, limitando las oportunidades de los estudiantes, afectando a su dignidad y al derecho de las familias a poder elegir la educación de sus hijos (Duk & Murillo, 2019).

### 3.2.2. El acceso a la Función Pública.

El segundo ámbito en el que se reparten las recompensas en función al mérito es, sin duda, el del acceso a la Función Pública. A toda sociedad se le presupone que el acceso a los puestos de trabajo de la Administración Pública se haga bajo los criterios de igualdad, mérito y capacidad. De hecho, estos tres principios quedan recogidos en el Estatuto Básico del Empleado Público. De esta manera, durante décadas se han defendido los procesos selectivos de acceso a la Función Pública en términos de democracia y de igualdad de oportunidades. Pero, ¿es esto así realmente?

Valeria Mistral –pseudónimo de una ciudadana que opta a una oposición de las denominadas “de élite” – y Erundino Valbuena –pseudónimo de un funcionario que ostenta una plaza de la misma categoría – discutieron acerca de la pertinencia y actualidad de los principios que rigen el acceso a la Función Pública en España en un par de artículos cruzados en el diario CTXT el pasado mes de diciembre.<sup>272829</sup>

<sup>26</sup> Ferrer, Álvaro; Martínez, Lucía & Sanjuán, Cristina (2018). *Mézclete conmigo. De la segregación socioeconómica a la educación inclusiva*. Madrid: Save the Children España.

<sup>27</sup> Mistral, Valeria (2020). *Oposición Triunfo: sobre igualdad, mérito y capacidad*. Disponible en: CTXT [En línea] <https://ctxt.es/es/20201201/Firmas/34389/Valeria-Mistral-oposiciones-merito-igualdad-capacidad-privilegios.htm> [Accesado el 30 de diciembre de 2020]

<sup>28</sup> Valbuena, Erundino (2020). *En defensa de un sistema de oposiciones del siglo XVIII*. Disponible en: CTXT [En línea] <https://ctxt.es/es/20210101/Firmas/34525/Erundino-Valbuena-replica-Valeria-Mistral-defensa-sistema-oposiciones.htm> [Accesado el 30 de diciembre de 2020]

<sup>29</sup> Me he decantado por el manejo de ambos artículos luego de la constatación de la falta de artículos científicos y libros relevantes que trataran sobre este tema en específico. Dado que el sistema de oposiciones es uno de los canales predilectos del sistema de repartición de recompensas en función al mérito, no contemplaba la idea de dejar

Para la opositora, la igualdad es un concepto relativo, pues «¿quién tiene el privilegio de poder mantenerse sin ingresos durante al menos dos largos años, pagándose apuntes, preparadores, academias?». De este modo, esta igualdad de oportunidades se enlaza directamente con lo que venía comentando: no podemos basar nuestras herramientas de acceso a unas instituciones determinadas en función a un igualitarismo que no existe. Valbuena está de acuerdo con este planteamiento y señala, precisamente, un punto de tensión con uno de los artículos de la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789 que consagraba que «puesto que todos los Ciudadanos son iguales ante la Ley, todos ellos pueden presentarse y ser elegidos para cualquier dignidad, cargo o empleo públicos, según sus capacidades y sin otra distinción que la de sus virtudes y aptitudes». La experiencia nos dice que, muchas veces, es mejor ser escéptico de antemano pues, por mucho que un principio como este pueda sonar, a priori, como algo incuestionablemente democrático, no lo es si no se cumple, tal y como estoy poniendo de manifiesto en las presentes letras (y tal y como señala el propio Valbuena en su artículo), el principio de igualdad real. Si los sujetos no son realmente iguales en términos socioeconómicos, este principio lejos de convertirse en democrático se convierte en un principio vacío que resulta imposible de cumplir. En el caso concreto del acceso a la Función Pública, para Valbuena sí hay una manera de hacer cumplir este principio y es articular un sistema de becas de acceso y su correspondiente desprivatización, haciendo desaparecer la figura del preparador y las carísimas academias privadas en pro de un sistema de preparación público y gratuito y financiando los materiales y viajes necesarios para acudir a la ciudad donde se vayan a examinar los futuros funcionarios. Para Valbuena, mientras el sistema de acceso a la Función Pública implique un desembolso de dinero tan grande, seguirá siendo un campo reservado para las clases más pudientes.

Para la opositora, el segundo de los criterios (el mérito) también es tramposo pues, dado que las instituciones del Estado se agrupan en la capital, las redes de información sobre convocatorias o plazos no fluyen de la misma manera si eres un graduado de una universidad capitalina o provinciana. Además, hay claramente un desequilibrio entre quienes pueden dedicarse en cuerpo y alma para prepararse bien una convocatoria y entre quienes han de compaginar este desafío con un trabajo para poder seguir pagando sus facturas: «de hecho, hay academias que rechazan candidatos que se encuentren trabajando en activo, pues ello solo puede significar dos cosas: falta de compromiso, o falta de capital». Vemos cómo, una y otra vez, las narrativas de la igualdad y el mérito chocan entre sí como dos trenes que proceden uno de Pozuelo de Alarcón (municipio más rico de España) y otro de Níjar (municipio más pobre).

En el tercer y último criterio de acceso a la Función Pública que es el de capacidad es donde chocan los planteamientos del funcionario y la opositora. Para Mistral, carece de sentido que las oposiciones para el acceso a la Función Pública en el Estado español se basen en demostrar la capacidad para memorizar y retener información cuando las tecnologías de la información vienen a suplir dicha necesidad de la administración. Sin embargo, Valbuena no está de acuerdo y dice que todo conocimiento crítico se basa en una memorización previa y que, esta memorización es necesaria para desempeñar las funciones que le serán encomendadas al futuro empleado público de una manera óptima. Además, el funcionario señala que las pruebas de acceso a la Función Pública contemplan, en su mayoría, el desarrollo de un caso práctico.

---

de incorporarlo a mi análisis. De hecho, una vez redactada esta sección, me ha parecido incluso divertida, sirviendo como un punto de debate quizás menos sofisticado, pero igualmente interesante y necesario.

Dejando de lado este último punto en el que se centraron ambos, en términos generales, este debate nos deja entrever de manera clara cómo los principios sobre los que se sustenta el acceso a la Función Pública son principios que, si bien formulados bajo los principios del liberalismo político, son básicamente un armazón vacío sobre los que se erige todo el proceso de acceso a la Función Pública. Este armazón representa un sueño utópico liberal que solamente tendría sentido si es completado con una igualdad económica real de todos los sujetos. Solo así igualdad, mérito y capacidad serían principios verdaderamente democráticos y no principios que sirvan para excluir del proceso a las clases menos favorecidas. En caso contrario, la Administración seguirá siendo un espacio reservado para aquellos que pueden permitirse el lujo de estar sin trabajar durante el proceso, de poder pagarse los materiales, los preparadores o academias particulares o los desplazamientos hasta la ciudad donde se realicen los exámenes.

En definitiva, si bien ambas recompensas (entrar en colegios de élite y percibir becas de excelencia, por un lado, y tener un puesto en la administración pública, por otro) se reparten, supuestamente, en función al mérito individual, existe una evidente tensión entre lo que se busca en primer lugar (igualdad de oportunidades y procesos democráticos) y el resultado que genera (perpetuar el orden de la jerarquía social). Este planteamiento parece carecer de sentido de antemano, sin embargo ¿cómo es la base conceptual sobre la que se sustenta el concepto de meritocracia que habita en la era de la flexibilización? ¿es sofisticada intelectualmente? ¿es un cúmulo de patrañas? A estas preguntas trataré de dar respuesta en el siguiente apartado, para presentar de la forma más clara posible por qué una tensión tan obvia resulta tan difícil de desenredar.

#### **4. La fundamentación conceptual de los discursos meritocráticos.**

Como he señalado anteriormente, en el punto anterior he analizado cómo es el proceso de repartición de recompensas en función al mérito individual mostrado (es decir, meritocracia como herramienta). En este punto cuarto, nos situamos en un plano diferente: aquí ya no hablamos de meritocracia como herramienta si no como discurso. El objetivo, en este punto de la investigación, es analizar la fundamentación conceptual de la meritocracia como discurso, sin embargo, como especificaba en el punto anterior, esta fundamentación es, igualmente, la que subyace en la meritocracia como herramienta.

Por otro lado, me gustaría volver a precisar que los discursos meritocráticos no surgen de la nada: su auge y expansión son consecuencia directa de la utilidad que le reporta al neoliberalismo para legitimar su desigualdad estructural y sus procesos de privatización constantes. Ahora bien, si bien una de las características básicas de la meritocracia es su alto grado de operatividad y utilitarismo en la era de la flexibilización, este concepto no se erige sobre la nada: surge y se desarrolla a través de fundamentaciones conceptuales muy concretas. En mi investigación para conocer las bases conceptuales y teóricas de nuestro concepto objeto de estudio, he detectado que este puede enraizarse y nutrirse a partir de cuatro posicionamientos conceptuales y teóricos muy concretos: la ética del trabajo y la ética protestante, los discursos de autoayuda, la universalización de valores y el racionalismo extremo y el pesimismo antropológico y la Teoría de la Elección Racional.

##### **4.1. La ética del trabajo y la ética protestante.**

En primer lugar, la ética del trabajo hace relación a la visión del trabajo como una forma de dignificación humana, un valor ético a través del cual el trabajo duro y el sacrificio aportan

beneficios morales dignificadores para el alma humana. De esta manera, el trabajo pasa al centro de la vida del sujeto y todo gira en torno a él. “*El que no trabaja, no come*” era uno de los principios socialistas recogidos en *El Estado y la revolución* de Lenin (2015). Para el ideólogo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, este principio no trataba tanto de arrebatar el pan a vagos o trabajadores improductivos, sino de obligar a la burguesía a participar en igualdad de condiciones en el trabajo socialmente necesario: “deducida la cantidad de trabajo que pasa al fondo social, cada obrero, por tanto, recibe de la sociedad lo que entrega a ésta” (Lenin, 2015: 158). Este principio también queda consagrado en el artículo decimosegundo de la Constitución Soviética de 1936:

El trabajo es en la URSS una obligación y una causa de honor de cada ciudadano apto para el mismo, de acuerdo con el principio de «el que no trabaja, no come». En la URSS se cumple el principio del socialismo: «De cada uno, según su capacidad; a cada uno, según su trabajo»

Pero, ¿puede un principio socialista mutar hasta convertirse en un mantra neoliberal? Puede. Y, en esa línea, la ética del trabajo bajo el neoliberalismo es empleada como mecanismo de legitimación de la desigualdad estructural que genera el propio sistema. Si el neoliberalismo pretende otorgar la máxima “libertad” posible al sujeto (por ejemplo, mediante los procesos de flexibilización laboral) y una mayor capacidad de movimiento en el mercado laboral y en la estructura social (por mucho que sea una falacia, tal y como estamos comprobando) así como una consecuente mayor capacidad de decisión y gestión sobre su propio futuro (algo que también genera ciertos problemas y desequilibrios como veremos), la existencia de pobres y parias queda legitimada porque el que no trabaja, no es merecedor de su comida.

Esta significativa diferencia en la aplicación del mismo principio es definitoria y un extraordinario ejemplo de la diferencia de ambos sistemas. En consecuencia, en el neoliberalismo, en lugar de aplicárselo a la burguesía que no trabaja (por que vive de rentas de inmuebles y haciendas heredadas), se aplica al paria que igualmente no trabaja pero que, al no haber recibido nada valioso como herencia, se ve abocado a la mendicidad. Ninguno de los dos aporta un trabajo socialmente necesario (en terminología marxista), sin embargo, bajo el neoliberalismo, el paria es merecedor de su mendicidad y el burgués no. Además, si tenemos en cuenta que uno de los principios neoliberales es la desaparición del Estado del Bienestar y la privatización de todos los sectores y servicios, este “paria” no cuenta prácticamente con cobertura social. Ni sanidad, ni educación ni ayudas sociales les son entregadas porque no es merecedor de ellas, porque si quiere comer o tener seguro social, que trabaje (“como hacemos todos”). El violentado cuerpo del sin techo asume con total rotundidad gran parte de la carga de la desigualdad estructural intrínseca del sistema neoliberal, sirviéndole a este como una corporización ejemplar de a lo que se puede llegar si uno no se esfuerza lo suficiente.

Para justificar este hecho, la argumentación neoliberal más dañina y ruin pone el acento en que los sujetos que perciben ayudas sociales no trabajarán y no se esforzarán para renovarse y adaptarse al cambiante y flexible mercado laboral. Siguiendo esta argumentación, las ayudas y los escudos sociales solo son una traba a la innovación y a la modernización, y suponen un atraso para quien las percibe, pues este se volverá vago y perezoso, y son una barrera a la necesaria motivación del trabajador para que pueda adaptarse a este entorno cambiante y dinámico. Este es uno de los puntos trascendentales donde convergen meritocracia y flexibilización: estos sujetos han de “merecer” su propio bienestar personal y profesional, y este bienestar no puede ser algo que todos “merecen” por igual, porque hay que esforzarse para poder “merecerlo”.

Si bien este principio de “el que no trabaja, no come” sirve indudablemente como mecanismo de legitimación de la propia desigualdad y pobreza inherentes del sistema neoliberal, también lo es de igual forma de otras cuestiones como la exclusión de los inmigrantes de la sanidad pública o de la crítica voraz que se realiza de las ayudas que los mismos reciben, ya que no son merecedores de las mismas porque “no trabajan”. Sin embargo, ya se ha demostrado que, en el caso de la economía española, los inmigrantes aportan más a la Seguridad Social de lo que de esta reciben<sup>30</sup>. En cualquier caso, y por mucho que los datos digan lo contrario, los vociferos del neoliberalismo se empeñan una y otra vez en subrayar falsedades, puesto que les sirven como anillo al dedo para justificar los daños colaterales de su política económica<sup>31</sup>.

Por otro lado, tal y como nos explica Max Weber (2001), en la antesala de la expansión capitalista, la ética protestante fue esencial para favorecer la aplicación y expansión del propio sistema, pues aportaba una fuerza de trabajo extraordinaria que, además, sentía el propio trabajo como fuente de gratificación y salvación personal. El protestante, de esta manera, no solo se realizaba a través del trabajo, sino que éste era el medio primordial a través del cual su alma se salvaría de ir al infierno y le posibilitaría el acceso a la vida eterna.

Weber detectó una característica esencial para asegurar la condición de posibilidad del capitalismo. Se trataba de uno de los rasgos más distintivos y característicos de la civilización Occidental: la racionalidad. Si bien todas las culturas y saberes están sometidos al conocimiento de maneras muy diversas (los cuales no deberían someterse a la jerarquización y banalización de los unos para con los otros), Weber sí que señala que en Occidente se dieron unas características muy específicas que cristalizaron en la aparición de una serie de elementos culturales muy particulares. Como consecuencia, estos elementos desembocaron en una racionalización máxima de la vida, lo cual propició una de las condiciones necesarias para el éxito del funcionamiento del sistema capitalista: la organización racional-capitalista del trabajo libre. Weber señala que esto fue posible gracias a la reforma protestante y que, como consecuencia de dicha reforma, todos los saberes y fuentes de conocimiento occidentales, tales como la química, la ciencia jurídica, el arte o la música armónica se sometieron a un proceso de racionalización. Para el sociólogo y filósofo alemán, la organización racional del capitalismo es el aspecto central y trascendental de su entramado social y económico (ya que permite un mayor desarrollo de los préstamos y la especulación bursátil), y es la base sobre la que aparecen las clases capitalistas en su sentido más clásico: burguesía y proletariado.

Sin embargo, Max Weber decía también que había que considerar al capitalismo como «la moderación racional de este impulso irracional lucrativo» y a la actividad capitalista como cálculo racional del capital siempre en la búsqueda del beneficio, una previsión de que el balance final de una actividad superará al capital inicial. La actividad económica, por tanto, consiste exclusivamente en ese cálculo. Pero, como señalaba el mismo Benjamin Franklin, para que el sujeto pueda

---

<sup>30</sup> Fernández, María (2015). Cuentas y no cuentas: lo que el inmigrante aporta a la economía. Disponible en: El País [En línea] [https://elpais.com/economia/2019/11/08/actualidad/1573232396\\_256869.html](https://elpais.com/economia/2019/11/08/actualidad/1573232396_256869.html) [Accesado el 07 de enero de 2020]

<sup>31</sup> Entender esto es entender mucho. Sin embargo, no es empresa fácil, pues los mecanismos de legitimación de la desigualdad sistémica neoliberal se exhiben de manera intrincada y, por mucho que estos se sustenten en falsedades monumentales, la propia maraña hace que los científicos sociales que se dispongan a desenredarla no puedan transformar el conocimiento que de ella sustraen de una manera comprensible. En consecuencia, la dificultad para explicar dicho conocimiento de manera sencilla y accesible sirve, asimismo, como un mecanismo de protección del propio sistema y hace de la desactivación de estos principios por parte de los críticos con el sistema una ardua tarea a desempeñar. Como veremos, la propia socialización en base a estos valores sirve, en definitiva, como un escudo de bronce con el que se blindó el propio sistema.

aumentar su capital en un futuro, ha de ahorrar parte del mismo. No obstante, las conexiones de este modelo con las influencias religiosas de la ética protestante ponen freno a la ambición. En consecuencia, la ambición quedaría frenada gracias a una ética del trabajo que bebe, precisamente, de la ética protestante. Así las cosas, esta ética del trabajo hará que el trabajador busque el beneficio, pero le obligará a que no gaste lo ganado. La moderación del sujeto a no gastar lo ganado podemos verla como un fin irracional, pero resulta que la ganancia pasa de ser un medio para ser el fin en sí mismo. Como consecuencia, el dinero pasa al centro de la vida social en el capitalismo, dominando al sujeto y a la misma esfera social, conformando todo un *ethos*.

Asimismo, Weber también nos habla de cómo la ética social del capitalismo hace que el trabajador sienta un compromiso con su propio trabajo. En esta línea, al contrario que la ética cristiana, en la cual se puede cambiar la voluntad de Dios a través de la confesión (Dios nos perdona), y es la voluntad de Dios la que decide nuestro destino, haciendo que las personas no asuman la responsabilidad directa de sus acciones, la ética protestante se basa en la predestinación. Esto quiere decir que según la ética protestante hay que buscar en la vida, y más concretamente en el trabajo, la validación para tener un buen destino. Como consecuencia, la responsabilidad queda atribuida a la persona en su totalidad y será ella la encargada de actuar correctamente en el buen camino que supuestamente Dios le ha encomendado. De esta forma, según la ética protestante, si se tiene éxito en el camino es que la persona está actuando correctamente y está siguiendo adecuadamente el mandato divino.

La interconexión entre la racionalidad y el protestantismo se sustenta, asimismo, sobre la base del calvinismo. Para el calvinismo el único acto divino posible por el hombre se da cuando Dios actúa en ellos, dándose cuenta la persona de la actuación de Dios en él. Así, el calvinista ha de actuar bien a fin de aumentar la gloria de Dios. Esas obras han de ser buenas en sí mismas y, en consecuencia, son un fin y no un mero medio. Así, no es que el calvinista tenga la necesidad constante de obrar, sino de obrar de manera correcta, para lo cual necesitará de una reflexión constante, una reflexividad de los actos que se traduce en una gran racionalidad. En este punto, el calvinismo, en un paso más allá que el luteranismo, «cristianizó toda la existencia», aplicando esta reflexividad racional (basada en la idea de la salvación, en última instancia) a cualquier aspecto de la realidad social, como por ejemplo la profesional (véase la denominada “ética social”).

Por otro lado, no son pocos los sociólogos que han teorizado sobre la interconexión de la ética protestante con otros fenómenos sociales. En este sentido, Christopher Lasch (1999) recoge los diferentes cambios en la estructura social, desde el punto de vista institucional, que han acaecido como consecuencia del nuevo carácter de las sociedades modernas. El sociólogo analiza y describe un cambio en la ética del trabajo afirmando que la ética protestante ha dado paso a la ética de la autoconservación, a un cambio en la concepción del éxito, a la aparición de una cultura de consumo subordinada a la publicidad y a la reconversión de la política, el deporte y el arte en espectáculo mediante su mercantilización.

Si bien, tal y como sugiere Lasch, se pueden haber dado cambios significativos en la ética del trabajo desde que la ética protestante posibilitara la expansión capitalista, no parece descabellado pensar, tal y como veremos a continuación, que muchos de los principios sobre los que se basaba esa ética del trabajo primigenia siguen operando con total vigencia hoy en día. Por supuesto que el contexto ha cambiado y que la ética del trabajo se ha adecuado a los nuevos y modernos puestos de trabajo y al cada vez más flexible mercado laboral. Sin embargo, los principios de sacrificio

(trabajar más, ahorrar más e invertir más) y autoexigencia (obrar bien en todo momento y no fallar) que derivan en un workaholism (o adicción al trabajo), por ejemplo, solo pueden entenderse si comprendemos que estos mismos principios son los que están en la base de la ética del trabajo emanada de la ética protestante. Muchas veces la comprensión de ciertas cuestiones solo puede realizarse si nos remitimos a la génesis de la cuestión a analizar: la base calvinista y la creación de la ética social también confieren cierto peso conceptual al *ethos* neoliberal, un *ethos* que sigue girando alrededor del dinero y del trabajo. Pero tiene razón Lasch: sí que ha habido un cambio moral muy significativo que ha dejado atrás la ética protestante de ciertos ámbitos sociales (aunque quizás no de todos), como por ejemplo, la comprensión de la pobreza. Si bien para la ética cristiana los pobres son considerados como desafortunados y eran objeto de caridad (muchas veces mediante la asunción de roles paternalistas), la adopción de postulados meritocráticos rompe por completo con esta idea, y los pobres se comienzan a ver como “fracasados” que no son merecedores ni de la caridad. La ética del trabajo adopta los postulados de la meritocracia y denuncia que, si quiere comer, que trabaje (asumiendo ese principio socialista que mencionaba anteriormente, pero aplicado a parias y pobres). Se asume y propaga la falacia de que los pobres lo son por decisión propia y, como consecuencia, no son merecedores ni tan siquiera de ayudas sociales, ni, por supuesto, de la caridad de los ricos. Así, el efecto Mateo (Merton, 1968) campa a sus anchas en la era de la flexibilización: no sólo haciendo más ricos a los ricos y más pobre a los pobres, sino, además, sirviendo como legitimación de este proceso.

#### **4.2. La racionalización del conocimiento y la universalización de valores.**

Avanzando en la detección de las bases conceptuales y teóricas sobre las que se sustenta el concepto de meritocracia que habita en la era de la flexibilización, nos encontramos con la universalización de valores y la subordinación de toda clase de conocimiento a la tiranía del objetivismo. Este planteamiento teórico y conceptual bebe directamente del proceso de racionalización extremo al que se sometieron los saberes y el conocimiento luego de la reforma protestante en la Europa del siglo XVI. Sin embargo, he decidido otorgarle una categorización propia porque, en este caso, el proceso de racionalización cuenta con un protagonista diferente que se dedicará a colonizar el resto de saberes y conocimientos (Montoro, 1985), sometiéndolos a la tiranía de los algoritmos matemáticos y el cálculo aritmético – a saber, la ciencia económica –.

En este caso, me preguntaba por qué en plena era de la flexibilización, al neoliberalismo le conviene someter los conocimientos y saberes a este proceso de racionalización buscando un objetivismo desmesurado. Lo que me he encontrado ha sido que al neoliberalismo le viene estupendamente este sometimiento porque, de esta manera, puede controlar el conocimiento que se produce y subordinarlo a sus propias necesidades. Si el neoliberalismo logra inculcar el mantra de que el conocimiento objetivo no se puede poner en cuestión, y luego emplea un conocimiento objetivo para dar sus explicaciones y recomendaciones, éstas no podrán ser rebatidas. Aquí encontramos la razón de por qué la búsqueda del objetivismo constituye una obsesión para el neoliberalismo.

En esta línea, para Foucault (2008) la gran victoria del neoliberalismo es que haya conseguido que el Estado garantice las condiciones necesarias para la existencia de un liberalismo económico. Un liberalismo económico que, además de estar presente de forma permanente en las políticas y decisiones que el Estado propone, está también presente y condiciona la vida de cada uno de los agentes, alterando la manera en cómo nos relacionamos con nosotros mismos, con los otros y con el

entorno: «en Norteamérica, el liberalismo es toda una manera de ser y de pensar» (Foucault 2008:253).

Para Foucault, el neoliberalismo se hace valer de la racionalidad política liberal como un principio y método para la acción gubernamental (Hervás, 2015). De hecho, mientras que el liberalismo clásico implicaba un respeto de los procesos biológicos y las relaciones económicas y culturales de la población, el neoliberalismo rompe con esta concepción y «extiende la racionalidad del mercado a ámbitos tradicionalmente ajenos a lo económico, como la conducta individual, concibiendo al individuo como “empresario de sí mismo” al que se debe estimular la competitividad y responsabilidad» (Hervás, 2015:120).

De esta forma, para Foucault, este neoliberalismo lo que ha perseguido ha sido una legitimación del liberalismo económico para que resulten incuestionables las decisiones que se toman en su nombre. Lo que el filósofo francés denomina “empresario para sí mismo” tiene mucho que ver con una generalización llevada a cabo por los ordoliberales alemanes, quienes infieren la forma de empresa dentro del tejido social, haciendo del modelo económico (de la oferta y la demanda y del costo y el beneficio) un modelo de relaciones sociales. De esta manera, este modelo económico impregna la relación de uno consigo mismo, con el tiempo, con su entorno, con su familia... El neoliberalismo norteamericano hace que este hecho sea algo rotundo e incuestionable al generalizarlo en la totalidad del cuerpo y el sistema social, siendo una generalización absoluta de la forma de mercado. En este marco, el principio de inteligibilidad se presenta como un desciframiento de las relaciones sociales y los comportamientos individuales, sirviendo el análisis en términos de economía de mercado (o de oferta y demanda) como un esquema que se aplica a ámbitos que no son económicos. Por otro lado, el uso de este esquema también permite que toda acción que ejecuten los poderes públicos sea también en base a estos términos de oferta y demanda, situando la eficacia por encima de todo lo demás. En este punto, lo económico se presenta como un filtro a la acción gubernamental mediante el cual se justifica una crítica política permanente tanto de la acción política como de la acción gubernamental. Se llega, por lo tanto, a una situación en donde la política gubernamental se critica en base a lo que Foucault denomina un “positivismo económico” que llega a filtrar cualquier acción del poder público tachándola de contradicción o de sinsentido: la forma general del mercado se convierte en un instrumento de discriminación en el debate político.

Aquella racionalización que posibilitó la expansión del capitalismo que detectó Max Weber es también la que está detrás de la universalización de valores en términos económicos. En la era de la flexibilización, la ciencia económica se ha sometido a un proceso de racionalización extremo y se ha erigido como la ciencia primordial a través del cual inferir los valores neoliberales al resto de ciencias y saberes. La colonización de la economía de las demás esferas de lo social en momentos en los que las crisis económicas golpean fuertemente a la sociedad ha sido el objeto de estudio de Ferreira (2008). El sociólogo señala que, en cuanto a la crisis económica como tal, se nos dice que como nos afecta a todos, todos debemos trabajar para solventar la situación y contribuir a la salvación del sistema – sometiendo el planteamiento a una más que evidente universalización de valores–. En este punto, aparecen una serie de expertos en materia económica, guardianes de las recetas que harán mejorar la situación y del conocimiento legitimado para poder formular dichas recomendaciones. Para Ferreira, en este plano, no nos cuestionamos estas recetas (dado que están formuladas por quienes manejan un tipo de conocimiento objetivo e incuestionable) y aceptamos que estos expertos nos presenten ante nuestros ojos una realidad modificada. Pero la figura de

expertos en el capitalismo no es nueva. En su trabajo, Weber (2001) ya señalaba que los expertos son un producto directo de la racionalización máxima del conocimiento que propiciaba la reforma protestante. Ambas figuras de expertos (ya sea en la época a la que Weber hace referencia o en nuestra época flexible) contaban y cuentan con el dominio cultural y de producción del conocimiento de la época. Hoy en día, sin duda, este experto es el experto economista, quién gracias a la universalización de valores infiere los resultados de sus análisis económicos a todas las esferas de lo social, como si todas las acciones pudieran someterse a la tiranía de los algoritmos y los modelos matemáticos.

De hecho, para Bauman (2015), esta racionalización es también la clave para entender uno de los actos más abominables y terribles de la historia humana: el holocausto. En su flamante ensayo, Bauman llevó a cabo un meticuloso estudio acerca de los factores que posibilitaron la existencia del holocausto y se retrotrajo hasta la ilustración, con la que para él «ascendió al trono una nueva deidad, la Naturaleza, acompañada de la ciencia, legitimada como único culto ortodoxo, y de los científicos, sus profetas y sacerdotes. En teoría, todo podía someterse al análisis objetivo» (Bauman, 2015:93). En consecuencia, la ciencia quedó sometida a un proceso de racionalización que le confirió el estatus de objetividad y fue así como pudo ser empleada para conseguir fines políticos concretos en términos de ingeniería social y mejora de la raza humana (tal y como buscaban los nazis). De hecho, para Himmler, el descubrimiento del virus judío era una de las más grandes revoluciones científicas que se habían descubierto en el mundo: «la batalla en la que estamos comprometidos hoy es como la que libraron Pasteur y Koch el siglo pasado» (Bauman, 2015:95), afirmó el oficial nazi.<sup>32</sup>

El filósofo explica que no hay nada en las normas de racionalidad instrumental que tome como incorrectos los métodos de ingeniería social que se aplicaron en el holocausto: «fue el mundo racional de la civilización moderna el que hizo que el Holocausto pudiera concebirse» (Bauman, 2015:9). Pero lo más llamativo de su ensayo es que en él, Bauman nos dirá que no ha habido un gran cambio en las “normas de la racionalidad instrumental” que rigen la sociedad y que posibilitaron entonces el holocausto por lo que, para él, los factores de posibilidad de este horrible acto siguen intactos y pueden volver a ponerse al servicio de los delirios de cualquier otro mandatario.

En consecuencia, es necesaria una ruptura con este tipo de conocimiento para entender las cuestiones sociales y abogar por un conocimiento basado en explicaciones comprensivas como respuesta a la racionalización extrema de la vida (Ferreira, 2009). Dado que los individuos tenemos capacidad de agencia y modificamos el entorno que nos rodea, no podemos basar las ciencias sociales (la economía también lo es) en métodos deductivos. Las acciones sociales configuran la economía, ya que, si la gente dejara de hacer “cosas económicas”, sencillamente no habría economía. La economía es un tipo de acción social y, en esta línea, su objeto de estudio es una

---

<sup>32</sup> No quiero alargarme mucho más debatiendo sobre los factores de posibilidad del holocausto, pero me parecía interesante explicar, de la mano de uno de los más grandes teóricos en la historia del holocausto, hasta qué punto puede llegar el sometimiento del conocimiento a la tiranía de la razón y el objetivismo. El autor afirma que el holocausto solo se pudo desarrollar en un contexto de cultura burocrática, la cual «nos incita a considerar la sociedad como un objeto a administrar, como una colección de distintos problemas a resolver, como una naturaleza que hay que controlar, dominar, mejorar o remodelar, como legítimo objeto de la ingeniería social y, en general, como un jardín que hay que diseñar y conservar a la fuerza en la forma en que fue diseñado (la metáfora de la jardinería divide la vegetación en dos grupos: plantas cultivadas que se deben cuidar y malas hierbas que hay que eliminar) (Bauman, 2015:12). .

sociedad dinámica y contradictoria. Pero la gran ciencia objetiva que es la economía de nuestros tiempos rechaza esta concepción de la ciencia, centrandose buena parte de su metodología en la matemática. Así, los conceptos de universalización, representación, normalización y el empirismo deductivo han contribuido a que la actual crisis financiera cuente con una entidad propia. Una entidad que es objetiva y natural y que resulta incuestionable, por lo que, al fin y al cabo, terminamos adquiriendo esa responsabilidad de arrimar el hombro (que es lo que suelen pedir los expertos) y a seguir las recomendaciones que estos nos dictan<sup>33</sup>. En este sentido, el autor escribe:

«Hace mucho tiempo que nos hemos olvidado de reflexionar críticamente en relación a la economía. Se ha convertido en un campo de saber experto sofisticado, regulado por leyes propias crecientemente matematizadas; se ha traducido en un universo de índices agregados, expectativas de crecimiento, movimientos de bolsas a nivel internacional, grandes inversiones transnacionales, etc. expresadas y embellecidas por una idealidad publicitaria del “éxito colectivo”» (Ferreira, 2009:4).

En definitiva, vemos una vez más como la maraña sobre la que se sustenta el conocimiento en el neoliberalismo sirve como un mecanismo a través del cual el sistema consigue escudarse. Pero el proceso de racionalización extrema se basa en una serie de falsedades. Por eso, aunque nos hayan hecho creer lo contrario, el mercado no deja de ser una institución social y no natural, dado que necesita de la propia acción social para que exista: si la gente dejase de hacer “cosas” económicas, sencillamente no habría mercado. Tal y como señala Ricardo Montoro (1985), la economía, en su definición, no es más que un determinado tipo de acción social. De hecho, «desde el mismo origen de la economía política, ésta ha estado vinculada estrecha, necesariamente, con los movimientos filosóficos y políticos de su época» (Montoro, 1985:74). Por otro lado, el neoliberalismo necesita de la intervención del Estado para salvaguardar los propios intereses del mercado y para dejarle la pista lo más libre posible, lo cual implica, como ya hemos visto, enormes procesos de privatización. Por lo tanto, también es falso que bajo el neoliberalismo el papel del Estado sea residual o la de un mero árbitro del juego del mercado, porque el propio neoliberalismo necesita que el Estado asuma un papel dinámico y no puramente de observador.<sup>34</sup>

### **4.3. Los discursos de autoayuda.**

La tercera fundamentación conceptual en la que se basa el concepto de meritocracia que habita en la era de la flexibilización son los discursos de autoayuda. Meritocracia y autoayuda se vinculan bajo el paraguas del neoliberalismo como una continuación de las tesis que estaba planteando en los párrafos anteriores. Si la meritocracia no es más que un sistema de repartición de recompensas en función al mérito individual, el desarrollo de las capacidades y aptitudes de cada sujeto será esencial

---

<sup>33</sup> Por ejemplo, es tónica habitual que la clase política dirigente pida a sus ciudadanos sacrificios y esfuerzos para poder reparar, entre todos, todo el daño causado. En 2013, después de los años más duros de la crisis, Rajoy afirmaba que «hemos pedido mucho a los españoles, pero el tiempo se lo devolverá con creces» (Ramírez de Ganuza, 2013). Sin embargo, los españoles no hemos sido los causantes de la crisis y no deberíamos ser quienes tengamos que sacrificarnos para poder reparar los daños causados por la misma. La crisis económica fue consecuencia de decisiones tomadas con el único propósito de perseguir el lucro individual por parte de la clase política y económica del país. Entonces, si la crisis ha sido causada por su culpa, ¿por qué tenemos que hacer sacrificios los demás? Porque lo demandan los expertos, y dado que ellos son quienes tienen el saber y el conocimiento legitimado, lo asumimos y “arrimamos el hombro”.

<sup>34</sup> Y a ese par de falacias hay que sumar la falacia del mérito y la igualdad de oportunidades que estamos manejando en las presentes letras y de las que el neoliberalismo hace gala, ya sea a escala macro (en el caso de los Estados y las empresas transnacionales) o a escala micro (en el caso de los sujetos). Se puede decir que el neoliberalismo hace de la falacia todo un emblema.

para poder percibir dichas recompensas. Los discursos de autoayuda legitiman la lucha individualizada para alcanzar las recompensas en la medida en la que sirve como legitimador del óptimo funcionamiento de esta herramienta. Dicho de otro modo, ¿si no hubiese un discurso que se encargase de trasladar la idea de que todos podemos lograr lo que nos proponemos, por qué iba a creer que mi mérito individual es trascendental en mi camino al “éxito”? La autoayuda infunde esta creencia al eliminar el componente de la estructura social y al situar a todos los sujetos en la misma posición de salida. Obviamente, esto es falso y muy problemático, pero es la idea que se trata de trasladar. Meritocracia y autoayuda comparten, pues, la misma base (la eliminación del componente estructural) y se complementan la una con la otra para intentar justificar sus mensajes.

Eva Illouz (2007) al analizar el surgimiento de los discursos de la autoayuda, se pregunta hasta qué punto la modernidad y el capitalismo han influido en nuestras emociones y sentimientos, haciéndolas parte del engranaje de la rueda capitalista como algo que hay que reparar cuando está mal. De esta manera, el capitalismo se ha encargado a través de todo el aparato del Estado (que comienza en EE.UU. pero que luego se traslada al resto de Occidente) de dictaminar cuáles son las características de un sujeto emocionalmente sano. En caso de que, según su vara de medir, este sujeto no se adecuase a lo que se considera como emocionalmente sano, estable o equilibrado, este sujeto quedaría expuesto a su reparación. El principal objetivo de Illouz es trazar los contornos de lo que la autora denomina “capitalismo emocional”.

Pero, ¿qué diantres es eso de “capitalismo emocional”? La autora explica que se trata de una cultura en la que el conjunto de prácticas y discursos emocionales y económicos se configuran mutuamente, generando un movimiento en el que el afecto se convierte «en un aspecto esencial del comportamiento económico y en el que la vida emocional -sobre todo la de la clase media- sigue la lógica del intercambio y las relaciones económicas» (Illouz, 2007:20). De esta manera, en el capitalismo emocional, los repertorios culturales basados en el mercado configuran las relaciones emocionales e interpersonales, haciendo, a su vez, que estas relaciones interpersonales queden en el centro de las relaciones económicas. Según explica la socióloga franco-israelí, este cambio en la configuración de las relaciones sociales se llevó a cabo mediante la implementación de una serie de elementos que resultaron trascendentales para que el capitalismo se adueñara de algo tan íntimo como son las emociones. Como consecuencia, las diversas vertientes de la psicología clínica formularon lo que la autora denomina «un nuevo estilo emocional» (el estilo emocional terapéutico), que dominó el panorama estadounidense durante buena parte del siglo XX. Así, la psicología clínica comienza a preocuparse por la vida emocional de los sujetos y a desarrollar técnicas específicas para comprender y manejar sus emociones. Todo esto cristalizó en el lenguaje de la terapia, el cual surgió en el período de entreguerras. De esta manera, «el discurso terapéutico reformuló el nivel más profundo de símbolos de la identidad, y fue a través de esos símbolos identitarios que tuvo lugar la reformulación de un nuevo estilo emocional» (Illouz, 2007:24). La autora viene a señalar que un estilo emocional es producido cuando se reformula la imaginación interpersonal, lo que significa que hay un cambio en la manera en la que pensamos la relación del yo con los otros y de imaginar sus posibilidades.

Aunque el cambio de paradigma tuvo lugar en el siglo XX en Estados Unidos y luego de ahí fue expandiéndose por todo Occidente, este cambio tiene referentes más tempranos. Es el caso de la aparición en 1859 del libro “Ayúdate” escrito por Samuel Smiles, quién, mediante la exposición de biografías exitosas, reforzaba el concepto victoriano de la responsabilidad individual. Así, empieza

a gestarse la concepción de la autoayuda en la que su máxima es que uno tiene que lograr las cosas por sí mismo. Esta autoayuda, incluso, tiene semejanzas con el concepto moderno de meritocracia, ya que expone que hasta los hombres más humildes podían ser exitosos en los negocios. Ésta es la cultura que se impuso en la sociedad estadounidense de la época (y que a día de hoy aún perdura) y fue posible gracias a que el *ethos* de la autoayuda y la psicología se unieron entre sí, dando como consecuencia que el sufrimiento psíquico se convirtiera en una característica de la identidad que comparten tanto los trabajadores como los ricos.

La socióloga también nos va a explicar en qué medida la maduración y la expansión del mercado de consumo, junto con la revolución sexual de la década de los sesenta, contribuyó a aumentar la visibilidad y la autoridad de los psicólogos. Aquí, el elemento determinante vino de la mano del humanismo, que se basaba en la tendencia de la autorrealización -motivación presente en toda forma de vida de desarrollar al máximo sus posibilidades-. En palabras de la autora, «esas ideas sobre el desarrollo humano pudieron ingresar a las concepciones culturales del yo y transformarlas porque en las mismas resonaba el concepto liberal de que el autodesarrollo era un derecho» (Illouz, 2007:103). Si bien Illouz no realiza mención al respecto, se puede ver una conexión entre la ética protestante y el autodesarrollo que pone de manifiesto la autoayuda en la medida en la que ambos ponen el acento en el trabajo como mecanismo de validación para tener un buen destino. Como consecuencia de esto, la ética protestante atribuía la responsabilidad a la persona en su totalidad y es ella la única responsable de actuar correctamente en el camino que le ha encomendado Dios. Como comentaba anteriormente, el calvinismo cristianizó toda la existencia aplicando la idea de reflexividad racional a cualquier aspecto de la realidad social (como por ejemplo la profesional). El concepto de «ética social» que sigue los principios protestantes no dista mucho de los planteamientos de la narrativa de autorrealización dado que en ambos casos éstos colonizan el conjunto de la vida social y atribuyen a la persona toda la responsabilidad de su autodesarrollo.

Esto tuvo grandes implicaciones ya que representa una extraordinaria extensión del campo de acción de los psicólogos luego de que se ampliase la idea de que salud y autorrealización eran lo mismo. La consecuencia más inmediata de este giro fue la creación de una amplia variedad de conductas con indicios y síntomas de un yo no saludable que había que tratar. Este tratamiento privilegiaba el sufrimiento y el trauma, poniendo el foco de atención en el pasado de una persona. Así, el sujeto ha de ser capaz de detectar en qué momento se originó el “fallo” (con todo el sufrimiento que ello conlleva), para que la narrativa de la autoayuda pueda desplegar todo su arsenal de herramientas en aras de que pueda “reparar” a este sujeto. Esto posibilitó al sistema la agrupación de individuos a través de su calificación como saludables o no saludables según sus niveles de autorrealización. Aquí aparecen una serie de actores que, según Illouz, fomentaron la institucionalización del yo para sacar provecho. Por ejemplo, las farmacéuticas, que vieron incrementados sus ingresos de una manera extraordinaria luego del aumento en el número de enfermos mentales que se estaban diagnosticando.

En definitiva, Illouz nos presenta la esencia de ese “capitalismo emocional” que se basa, en última instancia, en las narrativas de la autoayuda y en el establecimiento de un *ethos* alrededor del concepto de meritocracia, tal y como estoy intentando analizar en las presentes letras. Pero para el establecimiento de dicho *ethos*, meritocracia y autoayuda han de ir de la mano, complementando la una a la otra. Este *ethos*, asimismo, bebe de las bases protestantes en la medida en la que ambos posibilitan una expansión y colonización del trabajo de la vida total del sujeto, haciendo del trabajo

el mecanismo primordial a través del cual un sujeto logre su autorrealización personal. Además, este *ethos* basado en las narrativas de autoayuda (en el cual está basada la meritocracia como concepto) se hace valer de una racionalización extrema de la vida y, al igual que el protestante debía estar constantemente pensando cómo actuar bien, nuestro sujeto pensará constantemente cómo lograr su autorrealización. En definitiva, esto denota una universalización de valores lo cual posibilita la aparición de figuras como el coach, cuya existencia queda fijada a través de la creencia de que los principios meritocráticos rigen la vida política y social. Porque, si el sistema no repartiese las recompensas en función al mérito, ¿cómo iba a existir sino una figura cuyo objetivo es decirnos que “todo es posible”? La autoayuda, al eliminar el componente estructural, aísla al sujeto de toda particularidad personal<sup>35</sup>. De hecho, la autoayuda se basa en una universalización de valores en la medida en la que sus recetas son interpuestas como antídoto para todos los sujetos por igual. La autoayuda no es una terapia personalizada donde se tienen en cuenta las particularidades del sujeto. En la medida en la que se basa en generalizaciones, un libro, un programa de televisión o un podcast pueden valer como canales a través de los cuales articular dicha terapia, dada la no necesidad de un terapeuta que tenga en cuenta dichas particularidades. Por el contrario, el coach es capaz de formular una serie de generalidades que luego puede “vomitar” delante de un numeroso público ya sea entre los empleados de una empresa o ante los asistentes de una charla TED, y ser capaz de interpelar a los cientos de asistentes por igual, sin tener en consideración si los allí presentes sufren o no algún tipo de discriminación en función a su género, su identidad sexual, su lugar de procedencia o su posición en la jerarquía social. Tal y como explica Illouz, esta nueva narrativa terapéutica tuvo -y tiene- tal penetración porque se encauza perfectamente a través de una amplia variedad de canales, tales como los grupos de apoyo, los talk shows, los programas de asesoramiento o de rehabilitación, talleres, sesiones de terapia y más recientemente a través de internet. Todos estos lugares son lugares de representación y reorganización del yo en el que la reparación del yo no saludable viene de la mano con los discursos que crea la narrativa de la autoayuda y de la autorrealización.

#### **4.4. La Teoría de la Elección Racional y el pesimismo antropológico.**

La cuarta y última de las bases conceptuales en las que se basa el concepto de meritocracia en la era de la flexibilización es también el armazón sobre el que se han erigido el resto de ellas: me refiero a la Teoría de la Elección Racional y al pesimismo antropológico. Podría tratar a ambos como fundamentaciones separadas y ampliar el conjunto de éstas hasta un total de cinco. Sin embargo, si bien son dos fundamentaciones conceptuales diferentes, están tan estrechamente ligadas la una con la otra que he preferido trabajarlas en conjunto.

La Teoría de la Elección racional es la principal corriente teórica de microeconomía que se estudia en las facultades de ciencias económicas de una multiplicidad de países. Esta teoría, al reducir el comportamiento de los sujetos a un mero cálculo en base al coste y al beneficio que reporta una acción determinada, deja de lado la comprensión de los fenómenos sociales y una amplia amalgama de matices necesarios para comprender el comportamiento de un sujeto en sociedad. Según esta teoría, la racionalidad es la guía predilecta del sujeto en sociedad: actuamos de manera racional en todo momento. El entramado se vuelve intrincado en la medida en que el conocimiento sobre el que se sustentan este tipo de teorías es ambiguo y, muchas veces, asumido por todos sin previa cuestión.

---

<sup>35</sup> Aquí podemos observar con total claridad de donde deviene la eliminación del componente estructural de la meritocracia (a saber, de la eliminación del componente estructural que lleva a cabo la autoayuda la cual se basa en la universalización de valores para poder llevarla a cabo).

En este sentido, hay un consenso social para afirmar que la razón es uno de los rasgos característicos propios del ser humano: la razón es lo que nos distingue de los animales. Así, la Teoría de la Elección Racional incorpora uno de los elementos consensuados, pero lo hace eliminando los matices que le rodean a éste. Ahí reside una de las características fundamentales para comprender el estatus de conocimiento «incuestionable» que el neoliberalismo pretende adoptar: la capacidad de armarse de conceptos consensuados y legitimados (por mucho que se manoseen y se estiren a su antojo). Que el ser humano sea un “animal racional” no implica que actuemos de manera racional constantemente.<sup>36</sup> Sin embargo, esta obvia reducción de factores sociales y culturales y su sometimiento al cálculo y la razón (tal y como veíamos en el punto 4.2.) es muy problemático, y autores como Amartya Sen (entre otros muchísimos) sostienen que los principios que rigen a ese homo economicus son los de un sujeto imbécil que habita en la sociedad como un tonto sin sentimientos, moral, dignidad, inquietudes ni compromisos (Sen, 1982).

Esta teoría se interrelaciona con la meritocracia como fundamentación de la misma a través del pesimismo antropológico. El neoliberalismo necesita establecer una concepción pesimista del ser como forma de justificación de su política económica y de su cosmovisión del mundo. Sobre el pesimismo antropológico están fundamentadas tanto la Teoría de la Elección Racional como los discursos de autoayuda, la racionalización del conocimiento y la ética de trabajo y todas ellas arman y fundamentan, asimismo, el concepto de meritocracia que se maneja en la era de la flexibilización. En primer lugar, el sometimiento del conocimiento a un racionalismo extremo corresponde, como ya he señalado, con la necesidad de hacer que este conocimiento encuadre en el esquema en el que se basa la Teoría de la Elección Racional (de coste/beneficio y de oferta/demanda).

Hobbes, al plantearse cómo los Estados han de organizarse con el fin de adquirir seguridad, señala que solo hay un tipo de conocimiento cierto y verdadero con el cual los Estados podrán llevar a cabo dicha empresa: la geometría. La geometría (refiriéndose en términos más genéricos a la matemática) es la única ciencia que Dios nos ha comunicado y que podemos emplear para lograr el establecimiento de un Estado seguro: «sólo si es posible hacer esto, es decir, “construir geoméricamente los Estados”, se logrará superar la situación de crisis pre-política que atraviesan los individuos en el estado de naturaleza» (Micieli, 2002:93). Hobbes alababa la capacidad de Galileo para descubrir un nomos común que había permanecido oculto para los hombres y que sólo pudo encontrarse aplicando los valores de la geometría a la realidad natural para hacer de esta algo cuantificable. Aquí vemos cómo la visión de Hobbes se enraíza directamente en el sometimiento de la realidad al cálculo y el algoritmo. Porque, precisamente, sin dicho sometimiento es prácticamente imposible legitimar la Teoría de la Elección Racional. Invocar una cosmovisión en base a esta teoría parte de la reducción de la realidad social a una mera forma de cálculo del coste y beneficio que nos reportaría cada una de las decisiones de nuestro día a día. En base a esta teoría, la actuación del ser humano queda reducida a la forma en la que se desenvuelve el mercado, en términos de oferta y demanda (y de cálculos de coste y beneficio). Al eliminar los componentes comprensibles de la realidad social y hacer de esta algo cuantificable, los sujetos tendremos la capacidad para llevar a cabo dichos cálculos de manera exitosa. En consecuencia, es absolutamente necesario que para que esta visión triunfe, la realidad social sea objetiva y cuantificable. Porque si la realidad que va tomando forma ante nuestros ojos fuese una realidad pasional, emotiva y contradictoria, la comprensión de la misma a través de los algoritmos matemáticos y su sometimiento a la tiranía del

---

<sup>36</sup> De hecho, los postulados filosóficos basados en la fenomenología y el existencialismo se han empeñado en demostrarnos la falsedad sobre la que se sustenta este principio.

cálculo imposibilitaría que la vida de los sujetos se redujera a un constante cálculo de coste y beneficio. Si nosotros supiésemos que la realidad que se nos presenta ante nuestros ojos está modificada y que, en realidad, los valores de bondad humana y cooperación podrían guiar nuestras relaciones sociales, cuestionaríamos la vigencia de la política económica neoliberal. De hecho, si nosotros supiésemos que los principios sobre los que se sustenta la era de la flexibilización son tan falsos, quizás nos cuestionaríamos si queremos jugar en base a esas reglas del juego que se han demostrado falsas. Pero ¿lo haríamos?

Bourdieu (1997) al estudiar si es posible que los sujetos ejecuten actos desinteresados, señala que lo primero que debemos tener en cuenta para esclarecer tal cuestión es la noción de interés. Para el sociólogo, la idea de interés está ligada al «principio de razón suficiente»: actuamos siempre con un mínimo de razón (lo cual no quiere decir que actuemos racionalmente). Actuamos pensando, pensamos actuando y, el ser humano en tanto ser social, participa en un juego social. Y a este juego social el francés lo denomina *illusio*. Desde esta perspectiva, el *interesse* implica no sólo reconocer ese juego social y sus normas, sino aceptar ambos. Lo llamativo de estos juegos sociales es que, a través de ellos, el jugador adquiere un *habitus* al tener que jugar al juego diariamente. En este proceso, el jugador olvida el carácter de *illusio* del juego naturalizando el mismo en nuestra mente. En esta línea, el *habitus* es la clave para entender el juego social al ser el responsable de la incorporación del juego a nuestra vida diaria: lo tenemos inmerso en nosotros y nos hace conocedores y jugadores de las reglas del juego, pero de manera inconsciente. Dicho de otra forma: el *habitus* es la incorporación que se hace de las normas de una estructura o campo. Sin embargo, por mucho que las normas del juego se naturalicen y las juguemos de manera inconsciente, la *illusio* implica un gran interés por el juego y sus reglas, en caso contrario tendríamos la indiferencia, que es cuando no nos sentimos motivados por este juego.<sup>37</sup>

Para Bourdieu, en consecuencia, no existe acto desinteresado en tanto que todos jugamos por algún motivo (aunque sea por mera subsistencia). Esta idea de no gratuidad de los actos ha motivado a algunos autores como Jon Elster a cometer actos reduccionistas para armar su teoría de los juegos. Los seguidores de la teoría de juegos, en esta línea, entienden que la acción es, por tanto, utilitarista buscando el agente un beneficio en sus acciones. Mediante esta explicación reduccionista (que el sociólogo francés no aceptaría nunca), la ciencia económica logra, una vez más, colonizar el resto de saberes y prácticas. No obstante, estos seguidores dejan de lado en la ecuación la idea de “protensión” de Husserl, que es necesaria para comprender cómo el agente actúa consecuentemente a un futuro muy cercano, casi presente, sin cálculos ni estrategias (más allá de las derivadas de la interiorización del propio *habitus*). De esta manera, podemos negar con rotundidad que exista un cálculo racional tal y como nos quieren hacer creer los utilitaristas: estamos inscritos en un juego (el juego social), un juego coercitivo por el que estamos dispuestos a actuar única y exclusivamente. Para Bourdieu, en definitiva, no actuamos por lograr un beneficio concreto, sino por el interés que nos proporciona la *illusio* (y que puede ser, incluso, la propia necesidad de subsistencia dentro de los marcos normativos y referenciales de un sistema concreto, aun cuando no se compartan los mismos). En consecuencia, los sujetos no somos tan ilusos como para no saber que la realidad social que se nos presenta se ha modelado al antojo de las élites político-económicas, sin embargo, no podemos resignarnos y dejar de jugar el juego.<sup>38</sup>

<sup>37</sup> Si esta indiferencia, además, se agrava hasta tal punto que el sujeto se ve abocado a una pérdida del sentido de la norma social, según Emile Durkheim (1989) podría acabar en suicidio.

<sup>38</sup> En estos momentos de la investigación existe una tensión para dilucidar si el conocimiento que incorporan los sujetos guían las acciones de éstos de manera consciente o inconsciente, de si los sujetos saben cuáles son las reglas

Por otro lado, los discursos de autoayuda se entrelazan con el esquema que plantea la Teoría de la Elección Racional en la medida en la que la universalización del propio conocimiento posibilita la difusión de recetas genéricas y la figura del coach (que es capaz de hablar en un auditorio delante de cientos de personas y recetar a todas ellas las mismas soluciones a sus diversos y variados problemas). Asimismo, los discursos de autoayuda también están basados en el pesimismo antropológico en la medida en la que si todos fuésemos buenos por naturaleza, podríamos cooperar para resolver nuestros problemas. En consecuencia, estos garantes de la verdad a través de la cuál conseguir la felicidad no tendrían cabida. La meritocracia se entrelaza con las narrativas de la autorrealización de una forma obvia: si las recompensas se reparten en función al mérito individual, solamente mediante mi esfuerzo y sacrificio individual lograré mis metas.

Llegado a este punto, es preciso señalar que para que el neoliberalismo pueda haber triunfado, antes ha debido de armarse conceptual y teóricamente, tal y como estamos analizando en las presentes letras. Así, su cosmovisión no puede sino incorporar el pesimismo antropológico como necesaria forma de justificación de su política económica de privatizaciones y liberalizaciones enmarcadas en la búsqueda de la tan ansiada flexibilización. En esta cosmovisión los postulados meritocráticos son esenciales pues justifican todo esto. Cesar Rendueles y Joan Subirats (2016) al preguntarse cómo surgió la preocupación por la gestión de los bienes comunes, se retrotrajeron hasta la publicación de «La tragedia de los comunes» de Garrett Hardin, quién señalaba que la gestión de los recursos y bienes comunes se enfrentaba a un dilema: los sujetos al hacer uso de un determinado bien y al actuar de manera racional y motivados por su interés personal, acabarán por sobreexplotarlo hasta agotarlo aunque a ninguno de ellos le convenga llegar hasta ese punto. Como solución a este dilema, el ecólogo planteaba dos posibilidades: establecer un límite al uso de estos bienes bien mediante su coerción a través de su burocratización o bien mediante la competencia a través de la privatización. En cualquier caso, la tesis de Hardin se basaba en un más que evidente pesimismo antropológico y en la asunción de los postulados de la Teoría de la Elección Racional. Esta tesis fue ampliamente discutida en el contexto social y político de los años setenta del siglo pasado, lo que posibilitó a los neoliberales «usar la parábola de Hardin en un momento en el que se estaba cuestionando de forma generalizada el modelo de intervención pública estatista que había dominado en Occidente desde la Segunda Guerra Mundial» (Rendueles & Subirats, 2016:27). Dada la imposibilidad para que los sujetos cooperen en la gestión de un bien, la única solución no coercitiva ni autoritaria a la gestión óptima de un bien sería la privatización del mismo. Mediante esta lógica, la defensa de la privatización de un bien o recurso solo es posible mediante la asunción de los postulados del pesimismo antropológico.

A esta concepción pesimista del ser en la que se basa la Teoría de la Elección Racional respondió Elinor Ostrom mediante un análisis histórico y recordó que a lo largo de la historia han existido muchas sociedades que han sabido gestionar los recursos de manera eficaz y sin coerción. Para ella, la cooperación relacionada con los bienes comunes no era producto de una espontaneidad cualquiera, sino que era resultado de una articulación institucional compleja. Logró llevar a cabo esta empresa luego de una investigación sistemática y minuciosa muy loable a través de la cual construyó unas categorías analíticas que incorporaron un sistema de reglas institucionales, «reglas que acaban explicando cómo se construye un sistema socialmente aceptable, productivo y resiliente» (Rendueles & Subirats, 2016:31).

---

del juego con exactitud o de sí, por el contrario, desconocen las reglas y juegan al juego como un autómatas que habita la era de la flexibilización tratando de no caerse de las frágiles aspiraciones que vamos creando (¿o que nos crean?). Hablaré más en profundidad acerca de todo esto en el apartado siguiente.

Lo que generalmente obvian de manera sistemática los pesimistas antropológicos es que nadie parte de la base de que los comunes sean entendidos solamente como un sistema de derechos, son un sistema de derechos y obligaciones. Ellos piensan que los sujetos no quieren colaborar de partida ni quieren inmiscuirse en asuntos de gestión comunal. Para ellos, los sujetos prefieren adoptar el rol pasivo del consumidor y olvidarse de los problemas que puedan acarrear la gestión de un bien. Sin embargo, tenemos experiencias históricas, como decía Tawney, de que esto no es así, de que los sujetos están dispuestos a asumir responsabilidades colectivas. Existe una amplia tradición de apoyo mutuo que muestra esto último, como el sindicalismo o el cooperativismo, que pueden servirnos para desarrollar políticas de gestión comunes. Obviamente esto no es el resultado de una espontaneidad o de un acto natural, sino que es consecuencia de una necesidad compartida en la gestión de un bien común: «lo común es una construcción, pero tiene bases y recorrido histórico, y cuenta con el valor añadido que le ha dado el análisis institucional de Ostrom» (Rendueles & Subirats, 2016:34).

Las consecuencias de la defensa férrea del pesimismo antropológico durante décadas ha generado que el sujeto que habita la era de la flexibilización sea un sujeto sumido en un proceso de individualización. Para Christopher Lasch (1999), la lógica que rige al individuo es la lógica de un individualismo exacerbado que ha dado paso a un trastorno del carácter: la personalidad narcisista del Yo. Lasch plantea que partir del siglo XX se empieza a producir una ruptura con el pasado por parte de las sociedades occidentales en la medida en que «vivir el momento es la pasión dominante: vivir para uno mismo, no para nuestros predecesores o para la posteridad» (Lasch, 1999:23). De esta forma, el pilar fundamental sobre el que se construye la vida de los individuos no es solo en torno a un tiempo específico, el ahora, sino que también denota una clara preocupación por el propio individuo, dejando al margen los factores de carácter social. Los vínculos existentes con las generaciones previas – con la historia, a fin de cuentas – quedan rotos, acompañados de una fuerte despreocupación por el futuro. Esto implica una ruptura con la trama de lo temporal, de manera que la vida es percibida como un conjunto de secuencias. Se rompe, en definitiva, con la concepción lineal del tiempo.

Otro de los aspectos fundamentales que aborda el autor es la preocupación por el bienestar personal, la salud y seguridad psíquicas. Aquí vemos, una vez más, la importancia de las narrativas terapéuticas. En este caso, según Lasch, los terapeutas pasan a ser una nueva fuente de autoridad con la fetichización actual de la salud. Este nuevo fenómeno se incorpora a la secuencia cronológica que han seguido históricamente las sociedades occidentales para llenar su vacío interno: religión, política y, finalmente, perspectiva terapéutica. Estos constituyen los pilares fundamentales en torno a los que se ha organizado la cultura occidental.

Por otro lado, Carl Schmitt (2002) nos dirá que la concepción antropológica del ser es el aspecto central de cualquier pensamiento político, indistintamente de la época de la que se esté hablando. Es más, para el jurista, politólogo y filósofo alemán, «se podrían valorar todas las teorías del Estado y las ideas políticas con la piedra de toque de su antropología y, siguiendo este criterio, clasificarlas según descansen en el supuesto, consciente o inconsciente del hombre ‘malo por naturaleza’ o ‘bueno por naturaleza’» (Schmitt, 2002:78). Claramente el punto de la historia en el que nos encontramos actualmente en una multiplicidad de países como consecuencia de la globalización neoliberal, pone de manifiesto la concepción pesimista del ser porque le es ampliamente conveniente, tal y como estamos comprobando.

## 5. ¿Es posible un nuevo “recetario coherente”?

Cabe mencionar que la estructura modela las relaciones de poder de una sociedad concreta, haciendo de las pautas culturales una herramienta a través de la cual los sujetos se socializan en base a unos valores determinados que profesa ese modelo concreto. En nuestro caso, podemos señalar que los valores que se pretenden poner de manifiesto bajo el paraguas del neoliberalismo son los de la competencia y el egoísmo (por encima de la cooperación y la bondad) a través de la extensión y colonización del esquema del mercado a todas las esferas de lo social.

El interés por universalizar el conocimiento y los saberes, situando a la economía como la ciencia predilecta responde a la necesidad de la implantación de un *nomos* económico y sus normas específicas en el resto de los campos. En este proceso, la economía va colonizando poco a poco todos los saberes y el sujeto se ve incapaz interpretar el conocimiento de una manera comprensible. Solo quién posee la legitimidad de decidir qué conocimiento es legítimo y cuál no tiene la capacidad de la “violencia simbólica” (Bourdieu, 2012) o de la “hegemonía cultural” (Gramsci, 1991).

La figura del “hombre hecho a sí mismo” que el capitalismo ha venido mostrando desde sus inicios da paso ahora a palabras como el emprendedurismo (y emprendedurismo social) que se basa igualmente en la lógica de la autoayuda (narrativas de autorrealización) y de la ética protestante (la ética social). Emprendedores y emprendedores sociales para quienes la vida gira en torno al trabajo y que profesan la cultura del sacrificio. Obviamente el “éxito” de un emprendedor que cuenta con redes sociales y familiares y un capital económico de apoyo no es comparable con el hipotético éxito de un emprendedor sin tales redes de apoyo. Sin embargo, el valor del sacrificio se muestra igualmente (una vez más eliminando el componente estructural del mapa) mediante la asunción de la idea de que para triunfar es necesario hacer sacrificios y trabajar mucho (sin tener en consideración los condicionantes estructurales de cada sujeto). Este sacrificio comporta una pauta cultural en sí misma en el neoliberalismo y, en consecuencia, tal y como señala Fromm y recoge Giddens en su obra “Modernidad e identidad del Yo” (2000) (en la que pretende analizar los cambios que se han producido en el Yo bajo un contexto tardocapitalista),

«El individuo deja de ser él mismo y adopta enteramente el tipo de personalidad que le proponen las pautas culturales; se convierte, por tanto, en una réplica exacta de lo que son los otros y de lo que estos esperan que sea [...] Ese mecanismo puede compararse al colorido mimético protector de algunos animales; su aspecto es tan parecido a su entorno que apenas se distingue de él» (Fromm 1960, citado en Giddens, página 242).

Estas pautas culturales conforman lo que Foucault (1982) denomina “episteme”, que viene a ser un marco de saber en el que se una determinada verdad es impuesta desde un poder que se va alterando dependiendo de la época en la que nos encontremos, acorde a los valores que aquel poder pretenda profesar. La “episteme” bajo el neoliberalismo sería, por ejemplo, la creencia de que los postulados meritocráticos son funcionales y democráticos, que sirven como una herramienta a través del cuál el sistema funciona de manera igualitaria (que es lo que nos quieren hacer creer). Aunque me haya empeñado en demostrar la falsedad de esta afirmación, la “episteme” neoliberal comporta esas creencias, sustentadas bajo su respectiva fundamentación conceptual. Es decir, la “episteme” neoliberal supone tanto la asunción de los postulados meritocráticos como, en última instancia, la fundamentación conceptual sobre la que éstos se sustentan. Es en base a este “régimen de verdad”

(en términos de Foucault) cómo los sujetos van juzgando el resto de saberes, lo cual supone, a su vez, la creación de “sentido común” (Heider, 1958) al rededor de ese “régimen de verdad”. Sin embargo, a pesar de que los “recetarios coherentes” (Schutz, 2003) impliquen un agente naturalizador del orden de las cosas a través de un pensar habitual o cotidiano, este “recetario coherente” (que lleva aparejados cuatro elementos para que pueda ser considerado como tal, según el propio Schutz)<sup>39</sup> puede modificarse en el tiempo al mutar las condiciones de posibilidad que comportan la existencia misma de este recetario. Es decir, si uno de los cuatro elementos no se cumple, ese “recetario coherente” da paso a uno nuevo. Esto supone la aceptación de la condición de sujeto agente que es capaz de modificar la realidad social que lo rodea. Por lo que, si bien, por un lado, estamos sometidos a un saber cotidiano que goza de “sentido común”, mediante el cual vamos incorporando a nuestra mochila una serie de conceptos (sin previa cuestión) que guían nuestra forma de pensar y actuar en sociedad, este saber puede ser modificable y se puede ir adecuando al contexto histórico en el que este habite. Se puede pensar en el movimiento feminista que, si bien es cierto el sistema patriarcal sigue imperando e implica condiciones de desigualdad en base al género aún en la actualidad, el conocimiento sobre el que el que descansa se va volviendo cada vez más frágil hasta que acabe por estallar por completo, dando paso a un nuevo “recetario coherente”. La condición de “sujeto agente” implica que podemos alterar esa base conceptual que acabo de analizar y que es fundamental para que el propio concepto y herramienta pueda existir: en la medida en la que esa base conceptual deje de tener sentido para un número cada vez mayor de sujetos agentes, se dará paso a un nuevo “recetario coherente”.

Para Ferreira (2009), la universalización de valores penetra en cuestiones como la desigualdad, la cual se justifica en base a argumentos funcionalistas enraizados en la meritocracia, que nos dice que las posiciones en la jerarquía social se ocupan según el esfuerzo de cada uno. Así, la desigualdad se asume como natural y nos volvemos indiferentes respecto a ella.<sup>40</sup> Se trata de una desigualdad que muchas personas cargan a su espalda, llegando incluso a quitarles la vida. Pero, ¿por qué no somos capaces de movilizarnos contra la desigualdad y comprender sus entresijos? Siguiendo la línea argumentativa del autor, porque no tenemos las herramientas epistemológicas adecuadas. Al fundar el conocimiento en base a razones objetivistas y matemáticas y hacer que éste se sitúe más próximo a las ciencias naturales, los sujetos no somos capaces de comprender la realidad que nos rodea y de proponer, en definitiva, soluciones a los problemas que de ella se desprenden. En conclusión, para poder sustituir el “recetario coherente” meritocrático por otro más favorable con la ciudadanía y no sólo con las élites, será necesario deshacerse de su propia fundamentación conceptual, para lo cual se precisa una ruptura con el conocimiento objetivista y matematizado y sustituirlo por explicaciones comprensivas. De esta manera, los sujetos agentes seremos capaces de comprender la génesis de los problemas que nos afectan y de proponer nuestras propias soluciones que puedan ser más favorables para el conjunto de la ciudadanía.

---

<sup>39</sup> Los cuatro elementos del “recetario coherente” de Schutz (2003) son: i) sin cambios en la vida, esta seguirá siendo la misma (mismos problemas, mismas soluciones), ii) confianza en el conocimiento heredado (a pesar de que no comprendamos su significado), iii) suficiencia del curso ordinario de las cosas y vi) pensar compartido (el “pensar habitual” es compartido por nuestros semejantes). Si alguno de estos elementos no se cumpliera, el recetario del que disponemos ya no podría ser considerado como coherente al revelarse su aplicación limitada en el tiempo.

<sup>40</sup> «Hay un hecho que, por su persistencia histórica, es decir, por lo evidente de su “realidad”, se asume como natural y no modificable: toda colectividad humana, desde los tiempos de los tiempos, se ha basado en la desigualdad. El marxismo pretendía suprimir esa constante histórica; el capitalismo la justifica como fundamento de su constitución (eso sí, pretendiéndonos convencer de que es relativamente “arbitraria”, de que en principio cualquiera puede llegar a lo más alto de la pirámide social... y de que merece la pena intentarlo). Esta cuestión está presente en los discursos académicos, es objeto de atención, estudio e investigación. Pero ya no lo es de movilización» (Ferreira, 2009:05).

## 6. Conclusiones

A lo largo de todas estas letras el lector ha asistido a una función teatral distópica. Hemos podido comprobar cómo la sátira de Young se ha hecho realidad y, lo que en un inicio era simplemente la descripción de una distopía, se ha convertido, con el tiempo, en algo veraz. Young decía que una sociedad 100% meritocrática sería necesariamente una sociedad 100% desigual. Y, tal y como hemos estado comprobando, el neoliberalismo no sólo lleva aparejado unas altas tasas de desigualdad estructural, si no que estas se justifican a través de los discursos meritocráticos. Así, la meritocracia sirve como justificación de la inequidad entre Estados (no hacen las cosas bien, no tienen “instituciones inclusivas”, no se esfuerzan lo suficiente...), entre empresas (no se ha modernizado, no se ha vuelto flexible y adaptable al dinámico y cambiante mercado actual...) y entre sujetos (no trabaja porque no quiere, no es lo suficientemente exigente consigo mismo...). La justificación de la desigualdad en estos tres niveles se realiza mediante una eliminación sistemática del componente estructural, asumiendo que todos los estados, empresas y sujetos cuentan con idénticas posibilidades de tener el mismo “éxito”. Solamente mediante esta eliminación del componente estructural –que se realiza a través del discurso meritocrático– puede el sistema neoliberal justificar la desigualdad estructural que genera. Sin embargo, tras un análisis del fundamento de este posicionamiento, hemos podido comprobar que este incurre incesantemente en falsedades y reduccionismos analíticos.

Por otro lado, el habitar la era de la flexibilización supone jugar una *illusio* cada vez más complicada, donde los sujetos han de adecuarse constantemente a los dictámenes del mercado laboral. Un mercado laboral cada vez más precarizado y que demanda perfiles que puedan desarrollar un número de tareas y responsabilidades cada vez mayor (lo cual, sin embargo, no se traduce en mayores retribuciones). La política empresarial a través de los procesos de flexibilización laboral ha conseguido incrementar las ganancias de los directivos en detrimento de las ganancias de sus empleados, tanto del Centro como de la Periferia (ya sean empleados de empresas subcontratadas, de empresas deslocalizadas o de empresas de suministros), como consecuencia de la globalización neoliberal. En este caso, los discursos meritocráticos sirven para sugerir que el sujeto que habita en la era de la flexibilización es una especie de sujeto henleyano: dueño de su destino y capitán de su alma. Sin embargo, tal y como veíamos con Sennett (2000), Castells (1996), Wallerstein (2005) o Harvey (2004), lejos de auparlo hacia su liberación y aportarle autonomía, las estrategias de flexibilización lo que han buscado ha sido la ruptura con las viejas estructuras burocráticas para sustituirlas por nuevos mecanismos de control y nuevas formas para acumular poder y capital. Pero la complicada relación entre los conceptos que fundamentan la meritocracia hace que los sujetos sientan un compromiso exacerbado con su trabajo, que pasa al centro de la vida mediante la conjunción de la ética protestante, las narrativas de autorrealización y la Teoría de la Elección Racional. El esquema de mercado de oferta/demanda y de coste/beneficio va colonizando poco a poco todas las esferas de lo social, al igual que sucedía con la “ética social” protestante, que extendía el campo de acción del trabajo a toda la existencia y realidad del sujeto. El despliegue del esquema del mercado como marco referencial para los sujetos se da como consecuencia de la conjunción entre la racionalización del conocimiento, la universalización de valores, la ética social y del trabajo y las narrativas de autoayuda, fomentando la eliminación del componente estructural sobre la que fundar recetas de soluciones genéricas a problemas individuales (sólo así es posible la existencia de figuras como las del coach o las del experto economista).

En un plano ontológico, he intentado resolver mi preocupación con la que iniciaba el trabajo sobre si realmente somos egoístas o nos lo han hecho creer. La cosa está bastante clara: el pesimismo antropológico es una condición necesaria sobre la que basar el arbitrario sistema y discurso meritocrático. Por lo que, si bien constituye un componente necesario del “recetario coherente” actual, no significa que nuestra naturaleza sea tal, si no que estas pautas de comportamiento “egoístas” se circunscriben en un marco determinado (en este caso, un marco neoliberal). Pero eso no significa que el 100% de la población sea egoísta, puesto que en el mismo ejemplo que empleaba para expresar mi preocupación, encontramos innumerables muestras de apoyo mutuo y solidaridad que demuestran que eso no es así. Por lo tanto, esto significa que hay un porcentaje de egoísmo que se modifica en función de la concepción del ser que adopte un sistema concreto. En otras palabras: bajo un sistema que prime la solidaridad por encima del egoísmo y la cooperación por encima de la competencia, la concepción dominante del ser dejaría de ser egoísta y pasaría a ser bondadosa (si bien siempre seremos seres poliédricos).

En definitiva, para que el propio concepto de meritocracia exista, éste debe habitar necesariamente en un sistema que elimine el componente estructural de manera sistemática, que asuma que el ser humano es egoísta por naturaleza, que despliegue las narrativas de la autoayuda por todo el espectro social y que codifique el conocimiento de manera que éste solo sea accesible para una minoría. Dicho de otro modo: las condiciones de posibilidad de la existencia del propio concepto las aporta el sistema neoliberal.

Tanto a través de las fundamentaciones conceptuales –meritocracia como discurso– como a través de sus mecanismos de aplicación (sistema educativo y acceso a la Función Pública) –meritocracia como herramienta–, la meritocracia genera un evidente Efecto Mateo: al que más tiene, más le será dado (en detrimento de quién menos tiene). Las consecuencias de la aplicación del Efecto Mateo a la realidad supone lo que ya hemos visto: creación de monopolios, concentración de la riqueza, altas tasas de desigualdad... Lo que se presupone como una política democrática de igualdad de oportunidades o de eficiencia y eficacia acaba por convertirse en una mera herramienta que perpetúa el orden social desigual existente. En última instancia, la meritocracia es un discurso y mecanismo necesario para justificar tanto la política económica que plantea el neoliberalismo como la desigualdad que la misma genera. Es la piedra de toque del sistema y su intrincada fundamentación es lo que hace que sea tan difícil de desactivar, pero eso no significa que sea imposible: con nuestra condición de sujeto agente podemos sustituir el “recetario coherente” meritocrático por uno que sea más favorable para el conjunto de la ciudadanía. Mientras tanto, abogar por explicaciones comprensivas puede ser un buen comienzo para luchar contra la tiranía del cálculo.

## **Bibliografía.**

- Bauman, Zygmunt (2015a). *Modernidad Líquida*. México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Zygmunt (2015b). *Modernidad y Holocausto*. Madrid, Sequitur.
- Bourdieu, Pierre (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, Anagrama.
- Bourdieu, Pierre (1999). “Las estrategias de conversión [extractos]”, en M. Fdez. Enguita: *Sociología de la Educación*, Barcelona, Ariel.
- Bourdieu, Pierre (2001). *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao, Desclée de Brouwer.
- Bourdieu, Pierre (2012). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires, Eudeba.
- Castells, Manuel (1996). *La era de la información: economía, sociedad y cultura*. Madrid, Alianza Editorial.
- Duk, Cynthia, & Murillo, F. Javier (2019). “Segregación Escolar y Meritocracia”. *Revista latinoamericana de educación inclusiva*, 13(1), 11-13.
- Durkheim, Emile (1989). *El suicidio*. Madrid, Ediciones Akal.
- Ferreira, Miguel Ángel (2008). “Entre el cristal y el humo: paráfrasis de una epistemología heterodoxa”. *Intersticios: revista sociológica de pensamiento crítico* Vol.3 N°1.
- Ferrer, Álvaro; Martínez, Lucía & Sanjuán, Cristina (2018). *Mézclate conmigo, De la segregación socioeconómica a la educación inclusiva*. Madrid, Save the Children España.
- Foucault, Michel (2008). *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel (1982). *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Ciudad de México, Siglo XXI.
- Giddens, Anthony (2000). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona, Península.
- Harvey, David (2004). *El "nuevo" imperialismo: acumulación por desposesión*. Socialist register.
- Heider, Fritz (1958). *The psychology of interpersonal relations*. New Jersey, Erlbaum.
- Hervás, Galindo Alfonso (2015). *Pensamiento impolítico contemporáneo*. Madrid, Sequitur.
- Illouz, Eva (2007). *Intimidades congeladas: las emociones en el capitalismo*. Madrid, Katz Editores.
- Lasch, Christopher (1999). *La cultura del narcisismo*. México DF, Andrés Bello.
- Lenin (2015). *El Estado y la revolución*. Madrid, Alianza Editorial.

- Merton, Robert K. (1968). "The Matthew Effect in Science". *Science* 159 (3810), 56-63.
- Micieli, Cristina (2002). "El pesimismo antropológico y la fundamentación de la teoría del Estado en Hobbes y Schmitt". *Tópicos*, (10), 93-120.
- Montoro, Ricardo (1985). "Escasez, necesidad y bienestar: apuntes para una sociología de la economía". *Reis*, (30), 69-92.
- Mouffe, Chantal (1991). Hegemonía e ideología en Gramsci. *Antonio Gramsci y la realidad colombiana*. 167-227. Bogotá, Ediciones Foro Nacional por Colombia.
- Robinson, James A. y Acemoglu, Daron (2014). *Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza. ¿Por qué fracasan los países?* Deusto, S.A. Ediciones.
- Rendueles, Cesar & Subirats, Joan (2016). *Los (bienes) comunes: ¿oportunidad o espejismo?* Barcelona, Icaria.
- Sayer, Andrew (1994). "Nuevos desarrollos en la fabricación: el sistema «justo a tiempo»". L. Finkel: *La organización social del trabajo*, Madrid, Pirámide.
- Schmitt, Carl (2002). *El concepto de lo político*. Buenos Aires: Struhart & Cía.
- Sen, Amartya (1986). "Los tontos racionales: una crítica de los fundamentos conductistas de la teoría económica". *Filosofía y teoría económica*, (398), 172.
- Sennett, Richard (2000): *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona, Anagrama.
- Sikora, Joanna; Evans, M.D.R. & Kelley, Jonathan (2019). "Scholarly culture: How books in adolescence enhance adult literacy, numeracy and technology skills in 31 societies". *Social Science Research*, Volúmen 77, Páginas 1-15.
- Schutz, Alfred (2003). *Estudios sobre teoría social. Escritos II*. Buenos Aires, Amorrotu.
- Young, Michael (1958). *The rise of meritocracy*. Londres, Penguin Books.
- Wallerstein, Immanuel (2005). *Análisis de sistemas-mundo: una introducción*. Ciudad de México, Siglo XXI.
- Weber, Max (2001). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid, Alianza.

### **Webgrafía:**

- Domínguez, Dani (2020). La cara de Amazon: prácticas antisindicales, escuchas, monopolio, falsos autónomos, impuestos. Disponible en: La Marea [En línea] <https://www.lamarea.com/2020/11/27/amazon-practicas-antisindicales-escuchas-monopolio-impuestos/> [Accesado el 20 de diciembre de 2020]
- Fernández, María (2015). Cuentas y no cuentos: lo que el inmigrante aporta a la economía. Disponible en: El País [En línea]

[https://elpais.com/economia/2019/11/08/actualidad/1573232396\\_256869.html](https://elpais.com/economia/2019/11/08/actualidad/1573232396_256869.html) [Accesado el 07 de enero de 2020]

Galán, Lola (2020). El club de ricos liderado por Jeff Bezos alza su poder. Disponible en: El País [En línea] <https://elpais.com/economia/2020-08-22/el-club-de-ricos-liderado-por-jeff-bezos-alza-su-poder.html> [Accesado el 22 de diciembre de 2020]

González, Benjamin (2013). Un discurso de fin de curso en Santiago de Chile. Disponible en: Sin Permiso [En línea] <https://www.sinpermiso.info/textos/un-discurso-de-fin-de-curso-en-santiago-de-chile> [Accesado el 26 de diciembre de 2020]

McLoughlin, Michael (2020). EEUU, contra los monopolios de Silicon Valley: el pulso que va a cambiarlo todo. Disponible en: El Confidencial [En línea] [https://www.elconfidencial.com/tecnologia/2020-10-26/amazon-google-facebook-apple-monopolios-eeuu\\_2796544/](https://www.elconfidencial.com/tecnologia/2020-10-26/amazon-google-facebook-apple-monopolios-eeuu_2796544/) [Accesado el 20 de diciembre de 2020]

Mistral, Valeria (2020). Oposición Triunfo: sobre igualdad, mérito y capacidad. Disponible en: CTXT [En línea] <https://ctxt.es/es/20201201/Firmas/34389/Valeria-Mistral-oposiciones-merito-igualdad-capacidad-privilegios.htm> [Accesado el 30 de diciembre de 2020]

Moctezuma, Pablo (2013). Las privatizaciones, todo un fracaso. Disponible en: Contralínea [En línea] <https://www.contralinea.com.mx/archivo-revista/2013/07/28/las-privatizaciones-todo-fracaso/> [Accesado el 10 de diciembre de 2020]

Monbiot, George (2016). Neoliberalism: the ideology at the root of all our problems. Disponible en: The Guardian [En línea]: <https://www.theguardian.com/books/2016/apr/15/neoliberalism-ideology-problem-george-monbiot> [Accesado el 05 de diciembre de 2020].

Oliás, Laura (2020). Ya hay sentencia del Supremo sobre Glovo: los 'riders' son trabajadores y la empresa "no es una mera intermediaria". Disponible en: El Diario [En línea] [https://www.eldiario.es/economia/hay-sentencia-supremo-glovo-riders-son-trabajadores-empresa-no-mera-intermediaria\\_1\\_6258022.html](https://www.eldiario.es/economia/hay-sentencia-supremo-glovo-riders-son-trabajadores-empresa-no-mera-intermediaria_1_6258022.html) [Accesado el 22 de diciembre de 2020].

Redacción Eldiario.es (2018). Un nieto de Tomás y Valiente, tras recibir un premio académico de la Comunidad de Madrid: "Menos excelencia y más calidad educativa". Disponible en: El Diario [En línea] [https://www.eldiario.es/rastreador/tomas-valiente-evidencia-garrido-excelencia\\_132\\_2077270.html](https://www.eldiario.es/rastreador/tomas-valiente-evidencia-garrido-excelencia_132_2077270.html) [Accesado el 27 de diciembre de 2020]

Ramírez de Ganuza, Carmen (2013). Rajoy: 'Hemos pedido mucho a los españoles, pero el tiempo se lo devolverá con creces'. Disponible en: El Mundo [En línea] <https://www.elmundo.es/espana/2013/11/26/52945d9f61fd3d213b8b4581.html> [Accesado el 08 de enero de 2021]

Valbuena, Erundino (2020). En defensa de un sistema de oposiciones del siglo XVIII. Disponible en: CTXT [En línea] <https://ctxt.es/es/20210101/Firmas/34525/Erundino-Valbuena-replica-Valeria-Mistral-defensa-sistema-oposiciones.htm> [Accesado el 30 de diciembre de 2020]

**Otros recursos:**

Banco Mundial. (18 de enero de 2021). Índice de Gini. Obtenido de <https://datos.bancomundial.org/indicador/SI.POV.GINI?locations=SI-MX-CL-US>

Constitución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas de 1936. Boletín Oficial del Sóviet Supremo de la URSS. Moscú, URSS, 5 de diciembre de 1936.

Real Academia Española: Diccionario de la lengua española, 23.<sup>a</sup> ed., [versión 23.4 en línea]. <https://dle.rae.es> [Accesado el 27 de diciembre de 2020].